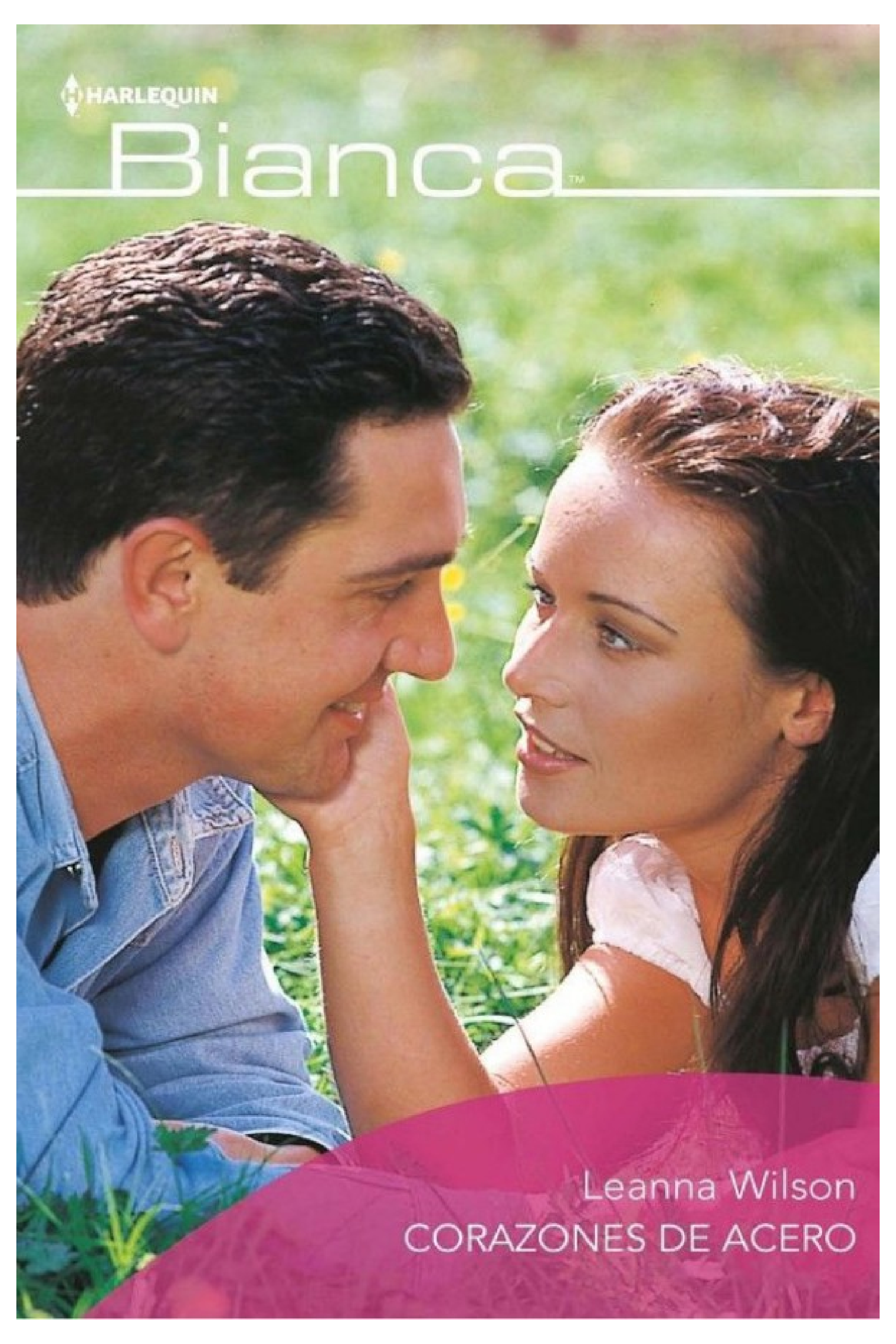

HARLEQUIN
Bianca
Leanna Wilson
CORAZONES DE ACERO

Bianca™

CORAZONES DE ACERO

Leanna Wilson



Editado por Harlequin Ibérica.
Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

Corazones de acero, n.º 1175 - agosto 2019
Título original: The Double Heart Ranch
Publicada originalmente por Harlequin Enterprises, Ltd.

I.S.B.N.: 978-84-1328-414-9

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Prólogo

Y VIVIERON felices para siempre –Cole Dalton cerró el libro y trató de obviar la desagradable sensación que aquel final le provocaba en el estómago. Lo de «felices para siempre» era algo que no se daba en la realidad, –Léeme otro, papi.

–Hoy no. Mañana habrá más –le dijo a su hija de cinco años, mientras le acariciaba la cabeza–. Por la mañana tienes que levantarte para ir al colegio.

–Pero no tengo sueño –Haley hizo un puchero.

–Pues yo sí –Cole fingió un bostezo y se estiró.

–¿Y si tengo un mal sueño?

–Entonces podrás dormir conmigo –respondió él y le dio un cariñoso beso en el pelo. Se dirigió hacia la puerta y apagó la luz–. Sé una buena chica y duérmete.

–De acuerdo –dijo Haley y se acurrucó entre las sábanas–. Buenas noches, papi.

Cole se detuvo a escuchar el croar de las ranas. Se preguntó por qué su mujer había odiado tanto aquel sonido. A él le resultaba reconfortante. Pero nunca había resultado acogedor mientras su esposa había estado allí, pues siempre estaba protestando por todo: por el calor del verano, por el aislamiento del invierno.

Por fin las noches eran tranquilas en el rancho, con la única compañía de su pequeña hija.

–Buenas noches, cariño.

Pero antes de cerrar la puerta, la pequeña vocecita irrumpió en el silencio.

–¿De verdad que vivieron así?

Cole se quedó confuso y desorientado.

–¿A quién te refieres, cariño?

–Al cuento. ¿Vivieron felices para siempre? –Haley lo miraba con los ojos muy abiertos.

Cole sintió un nudo en la garganta. Las preguntas de Haley a veces lo ponían nervioso. No sabía si la respuesta que daba era la adecuada o, sencillamente, acabaría por dejar en la niña cicatrices imborrables. ¿Qué podía decir, cuando sabía que los finales de cuento no existían?

–Sí, supongo que vivieron felices para siempre. Eso es lo que el libro dice –se recostó sobre la jamba de la puerta y reprimió un

pinchazo en el pecho. Era muy difícil ser padre y, aún más, ser padre solo, sin tener a nadie en quien confiar, nadie con quien hablar. Pero, después de todo, tampoco había tenido eso nunca con su ex mujer.

–Ahora, a dormir.

–Pero, papi…

Cole respiró expectante ante lo que venía a continuación.

–¿Dime, cariño?

–¿Por qué a nosotros no nos ha pasado lo de ser felices para siempre? –su pequeña voz fue como un puñal esta vez.

Cole agarró con fuerza el picaporte y respiró profundamente. Abrió la puerta lentamente y entró de nuevo en la habitación. El corazón le latía con fuerza, lleno de culpabilidad. Se sentó junto a la cama de su hija y buscó las palabras adecuadas.

–¿No eres feliz aquí conmigo?

–Sí, pero… –se detuvo.

La barbilla le temblaba.

Cole se estremeció conmovido por la reacción de la niña. Estaba confundido. ¿No había intentado darle lo mejor: ropa bonita, una casa, un hogar feliz y toda la atención que una niña de su edad requería?

–¿Pero qué? –preguntó él. Necesitaba una respuesta.

–No tenemos una mamá.

No, no la tenían.

Su ex mujer se había marchado muy lejos. Los había abandonado, a él y a su hija. Cole había intentado ser padre y madre para ella. Pero pronto se había dado cuenta de la imposibilidad de serlo todo, por lo que había contratado, sucesivamente, a una serie de niñeras, que siempre acababan yéndose para casarse con algún vaquero, dejándolos solos de nuevo.

Quizás la niña necesitaba cosas que él no le podía ofrecer. Quizás, Haley necesitaba, ante todo, una madre. Aquella hacía que se sintiera mal, muy mal.

Miró por la ventana, al oscuro horizonte que se dibujaba a lo lejos.

Aquel rancho de Doble Heart lo había construido su abuelo de la nada, a base de sudor y sangre. Pero no lo había hecho solo. Su esposa, a la que había conseguido por correo, había compartido con él una vida llena de sacrificios, tormentas, tornados, sequías y epidemias. Juntos habían construido aquella vida y su eterna felicidad.

¿Por qué él no podía hacer lo mismo? Había tratado de crear una familia a partir del amor, pero Paula odiaba el rancho. Peor aún, había odiado la maternidad más que cualquier otra cosa.

Quizás podría poner un anuncio y conseguir, así, una esposa que quisiera casarse por conveniencia, para siempre y en beneficio de su hija. Pero, ¿podría volver a confiar en alguna mujer?

Capítulo 1

TIENE problemas con esa carta que trata de escribir? –le preguntó Elise McConnell al vaquero que estaba sentado en una de las mesas. Llevaba la bandeja en una mano y trataba de alejársela lo más posible. No soportaba el grasiento olor a beicon.

El vaquero alzó la vista. Tenía unos bonitos ojos azules de mirada intensa que la hicieron sentirse vulnerable. Tenía el pelo oscuro y una barba muy corta. Había esparcido varias hojas de papel por encima de la mesa.

Elise pensó que no iba a responder, de modo que dejó el plato con los huevos revueltos y el beicon encima de la mesa.

Ya había cometido un grave error con un vaquero y no estaba dispuesta a cometer otro.

–¿Más café?

Él asintió y empujó la taza hacia el borde de la mesa.

–¿Es usted nueva en Desert Spring?

Su voz profunda y varonil hizo que le empezaran a temblar las rodillas, pero prefirió achacar los síntomas al olor a grasa. Tampoco había tenido tiempo de desayunar antes de llegar a las seis menos cuartos a trabajar. Seguramente, por eso sentía que las piernas iban a ceder de un momento a otro.

–Sí –respondió ella a la pregunta que le acababa de formular–. Llevo aquí un mes. Es una ciudad encantadora. Muy tranquila.

No le dijo que, directamente, la habían soltado allí contra su voluntad, sin dinero, sin nada. No importaba. Estaba acostumbrada a salir adelante por sí misma. Después de haber dejado el orfanato a los diecisiete años, había viajado de ciudad en ciudad, trabajando aquí y allá, asistiendo a algunas clases que le interesaban y, sobre todo, buscando un lugar al que poder llamar su hogar. Pensó que había encontrado una familia con aquel vaquero. Pero se había equivocado.

La verdad era que le había empezado a gustar aquella ciudad del oeste de Texas y que estaba considerando la posibilidad de quedarse a vivir allí. Además, tampoco tenía ningún otro lugar al que ir.

El vaquero sonrió.

–Sí, es muy tranquila. A las nueve parece que quitan las calles. No se oye nada.

Elise se rio.

–No me preocupa. A esa hora yo ya estoy durmiendo –alguien le hizo una seña de que lo atendiera–. Bueno, que le aproveche el desayuno. Si necesita algo, me llamo Elise.

Inmediatamente, dejó al sexy vaquero y su ceño constreñido a un lado y continuó con su trabajo. Ya tenía bastantes problemas como para preocuparse de los asuntos de otros.

Cole observó a la simpática camarera mientras se dirigía a otra mesa. No pudo evitar reparar en el balanceo de sus caderas, el modo en que el lazo del delantal se movía de un lado a otro. Llevaba una larga cola de caballo que le caía sobre la espalda.

Seguramente, no se quedaría demasiado tiempo en la ciudad. Acabaría aburrida de aquel lugar sin alicientes, sobre todo en cuanto se diera cuenta de que no había ningún soltero que cazar.

Cole centró su atención de nuevo en el desayuno. Comió huevo revuelto y revisó lo que había escrito. Negó con la cabeza y arrugó el papel. No encontraba las palabras adecuadas. Quizás su idea era descabellada. No le había contado a nadie su plan. ¿Alguien entendería lo que hacía? ¡Pero si ni siquiera él estaba seguro! Sus amigos seguramente se habrían reído de él.

Durante la siguiente hora, no paró de pasar la mirada de la hoja a la camarera.

Era agradable, con una hermosa sonrisa y ojos vivaces y ribeteados por un montón de pestañas espesas.

Saludó a algunos rancheros, que se habían acercado hasta allí, antes de llegar a sus trabajos, tal y como él debía de hacer.

Después de cuatro tazas de café, se hundió los dedos en el pelo con frustración. Se sentía como un toro encerrado. Tal vez, era el efecto de la cafeína. O, quizás, era la hermosa camarera la que lo había alterado.

Cuando se acercó a servirle otra taza de café, él alzó la mano y le dijo que no.

–¿Es usted un estudiante? –preguntó ella–. ¿Se trata de algún trabajo?

Cole frunció el ceño.

–Estoy intentando escribir un anuncio para un periódico.

–¿Sí? –preguntó ella interesada–. Ya no quedan clientes. Quizás lo pueda ayudar. Una vez tomé clases de publicidad, cuando vivía en Dallas. ¿Qué quiere vender? ¿Vacas, caballos, algún tractor?

Cole sintió que la garganta se le secaba. La mujer lo miraba, esperando su respuesta. Tenía esa mirada segura de quien ha visto demasiadas cosas y ya no se puede asustar de nada, como mucha otra gente de aquella ciudad. Pero, de pronto, la lengua se le trabó,

incapaz de decir ni una sola palabra, como un joven adolescente ante la chica más guapa del cole.

–¿Es un secreto? –preguntó ella.

Sí, de algún modo lo era. Pero no lo sería durante mucho tiempo si alguien descubría su plan. Y, no quería que aquello pudiera afectar a Haley. Jugó con la cucharilla del café, dándole vueltas y vueltas. Finalmente, se decidió a responder.

–Yo.

Ella frunció el ceño.

–¿Cómo que yo?

–Sí. Soy yo el que está en venta.

Ella abrió los ojos y no parpadeó durante unos segundos, hasta que, al fin, reaccionó.

–¡Esta sí que es buena! –dijo ella y se dispuso a alejarse–. Perdón por entrometerme.

Antes de que se pudiera alejar, la agarró de la muñeca. No sabía por qué, pero de pronto necesitaba explicar sus problemas. Pero, ¿por qué a aquella extraña? Tal vez era su sonrisa, o su dulzura, o quizás, sencillamente, que era una desconocida.

–No me he explicado bien. Déjeme que aclare lo que quería decir.

Elise dudó unos segundos. Pero, por fin, se relajó y él la soltó. Había dejado marcados los dedos sobre su carne.

–Lo siento –dijo él.

Ella no respondió, se limitó a esperar a que él continuara.

Cole se removió inquieto, hasta que por fin reposó la mano junto a su Stetson que estaba sobre el asiento. ¡Ojalá se hubiera quedado callado! Pero no lo había hecho. Desde hacía tres semanas, cuando Haley le había hecho aquellas comprometidas preguntas, sentía que se le hubiera partido el corazón. Se pasó la mano por los pantalones. Tenía que darle a aquella mujer una explicación.

–Elise…

Ella asintió.

–Soy Cole Dalton. Tengo un rancho a las afueras de la ciudad –quería que entendiera que no estaba loco, que era de allí y que sus ancestros ya habían echado raíces en el aquel lugar. No tenía por qué tener miedo de él. Pero ella lo miraba con desconfianza.

Asintió de nuevo.

–Bueno, puede parecer absurdo… No creo que la palabra sea que quisiera venderme a mí mismo.

Miró de un lado a otro, como preocupada de que pudieran oírlo.

–No se preocupe –dijo ella con una sonrisa–. No voy a comentar nada a nadie.

Cole respiró profundamente.

–En realidad, lo que pido en el anuncio es una esposa.

Elise pensó que no había oído bien. ¿De verdad que aquel vaquero tan sexy , con los ojos del mismo color que el cielo, no podía encontrar una esposa por sí mismo? ¿Qué tipo de ciudad era aquella?

De pronto, se paró a recapacitar. Ya había perdido la cabeza por un par de ojos bonitos con anterioridad. Quizás, solo trataba de ligar con ella, tal y como había hecho Rusty. Quizás las mujeres de la ciudad ya lo conocían.

Pero se había ruborizado y eso quería decir que no estaba orgulloso de lo que acababa de confesarle.

Elise sentía curiosidad.

–¿Qué ocurre con las mujeres de la ciudad?

Se encogió de hombros.

–La mayoría están casadas, tienen más de sesenta años y son viudas o tan jóvenes que me llevarían a la cárcel solo por mirarlas.

–Ya –dijo ella, en un tono poco convencido. Sin duda, los hombres hacían cosas incomprensibles y ella era un experta en el tema. A pesar de todo, sentía curiosidad por Cole–. Pero Amarillo está a solo unas horas de aquí. ¿No puede buscar una esposa de un modo convencional?

–Lo intenté una vez y fracasé.

Su voz sonaba intensa y triste, y ella se sintió identificada. Tampoco había tenido mucha suerte en el terreno amoroso. Había pretendido que le dieran amor, una familia, cuando el vaquero no quería nada de aquello.

–Sí, esas cosas ocurren –dijo ella, reconociendo el dolor que sentía él–. Pero un matrimonio fracasado no significa que no se pueda volver a intentar.

–Yo no busco amor –dijo él–. Solo quiero una esposa.

–¿Por qué? –preguntó ella–. Bueno, tal vez no sea asunto mío pero, ¿no es más fácil contratar a alguien para lo que necesite que haga?

Cole apretó la taza con tanta fuerza que los nudillos se le pusieron blancos.

–Quiero una madre para mi hija.

Su respuesta la dejó atónita. Elise se dejó caer sobre una de las sillas. De pronto entendió cuál era realmente el problema. Seguramente era un padre solo, agobiado por el peso de la responsabilidad.

–Contrate a una niñera.

–Ya lo he hecho. Necesito algo más permanente que alguien

contratado.

Posiblemente, estaba pensando en la niña más que en él mismo.

–¿Cuántos años tiene su niña?

–Haley tiene cinco camino de seis.

Al hablar de su hija, algo se le había iluminado en el rostro. Sin saber por qué, Elise sintió un nudo en el estómago. Nunca había oído a su padre hablar con tanto orgullo de ella. Lo único que había hecho había sido llevarla al orfanato cuando tenía doce años y asegurarse de que nunca pudiera encontrarlo ni a él ni a su madre.

Pero aquel hombre, Cole, sonreía cuando hablaba de su hija.

Elise trató de evitar el cosquilleo que sentía a ver su sonrisa. Cole continuó.

–Haley necesita una madre, no una niñera. Necesita más de lo que yo le puedo dar.

Había algo en su voz que hablaba de decepción, de frustración. Aquello no era asunto suyo, ¿por qué tenía que meterse donde no la llamaban?

–No me entienda mal. Haley es lo mejor de mi vida, pero sé que no es feliz –dijo él, avergonzado por la confesión que acababa de hacer.

Elise reconocía la desesperación allí donde la había. Había sido parte de su vida desde niña. Había aprendido a arreglárselas con aquel sentimiento siempre presente, como único modo de supervivencia.

–¿Por qué sabe que es infeliz?

–Porque me lo ha dicho –respondió él con un gesto de desgana.

–Así que quiere proporcionarle algo lo más cercano a una madre.

–Sí, al menos voy a intentarlo –dijo con una determinación absoluta.

Por alguna extraña razón, Elise sintió deseos de ayudarlo. Señaló el papel muy decidida.

–Pues, entonces, va a necesitar un buen anuncio. ¿En qué periódico va a ponerlo? ¿En el periódico local?

–No. Necesito un lugar más grande, un sitio en el que no me conozca nadie –dijo, bajando la voz, temeroso de que Chuck, el dueño, pudiera oírlo–. No es que me avergüence ni me preocupe lo que puedan pensar, sino que quiero que todo el mundo piense que es un matrimonio real, para que Haley también lo crea.

Elise sintió una extraña emoción. Aquel hombre era capaz de hacer cualquier cosa por su hija. Eso la conmovía.

–Sí, parece muy razonable. En tal caso debería probar algún sitio como Dallas o Houston.

–Sí, probablemente.

–De acuerdo –dijo Elise y agarró el cuaderno–. ¿Qué tipo de mujer quiere?

–Alguien a quien le gusten mucho los niños y que sea sincera y amable, que le guste vivir en un rancho. Una mujer realista, que no le guste ir siempre a la moda ni que le hagan la manicura todas las semanas –levantó los ojos y miró directamente a Elise–. Alguien que quiera ser parte de una familia.

Su respuesta tocó un nervio sensible en Elise. Aquel hombre estaba ofreciendo una familia: lo que ella siempre había deseado.

Trató de concentrarse en escribir lo que él decía. Pero las palabras iban cavando una herida en su corazón. Tuvo que contener las lágrimas que trataban de escapar.

Contuvo la emoción.

–¿Algo más? –preguntó.

Él asintió.

–Alguien capaz de comprometerse y cumplir ese compromiso.

Quizás aquel hombre buscaba un imposible. Había aprendido hacía mucho tiempo que las promesas se hacían para romperlas. Al menos, era eso lo que los demás hacían siempre.

Lo miró, escondiendo la turbulencia emocional que se movía en su interior.

–¿Y qué ofrece a cambio de todo esto?

–¿Qué?

–Sí. Quiere una mujer que esté a su lado, que cumpla con todas sus obligaciones maritales: que cuide de la niña, de usted, que… –se ruborizó sin poder decir lo que tenía en mente.

Se hizo un silencio tenso. Elise comenzó a jugar con el bolígrafo que tenía entre los dedos.

¿Por qué tenía que meterse siempre en los problemas de otros?

Le daba igual que encontrara o no una esposa. ¿Por qué se había metido en aquello?

–Bueno, tendrá que ofrecer algo valioso a cambio, para que una mujer que ni siquiera lo conoce se sienta atraída por la propuesta.

Cole se pasó los dedos nerviosamente por el pelo.

–No había pensado en eso –dijo–. Pero tiene razón. Tengo que pensar en lo que ella obtendrá a cambio. Según mi ex mujer decía, yo no soy precisamente un premio.

Después de pensar durante unos segundos, llegó a una conclusión.

–Bueno, pues ofrezco un hogar y una familia –dijo él–. Puedo darle un buen nivel de vida, nada de lujo, pero suficiente para una mujer y una niña. Soy honesto, fiel y leal.

De pronto soltó una carcajada.

–Mi descripción suena como la de un perro en venta.

Elise sonrió. No era nada de eso. Era mucho más. El pulso se le aceleró inesperadamente. No pudo contenerse y le hizo una pregunta.

–¿Quiere más niños en esa familia?

La miró con el ceño fruncido.

–Hace unas preguntas muy difíciles. ¿Seguro que no es periodista profesional?

Elise se rio.

–Estoy segura.

Cole alzó la vista y miró a través de la ventana al desierto que se extendía ante sus ojos.

–Siempre había soñado con tener toda una prole de niños. Yo nací y crecí en la misma casa que vivo. Es una casa antigua, que lleva en nuestro poder cuatro generaciones –se frotó las palmas de la mano–. Yo fui hijo único y me sentía muy solo.

Elise podía imaginarse lo que eso suponía: dos padres dedicados en cuerpo y alma a un único hijo. ¡Cuánto habría deseado algo así!

–Mis padres habrían querido más niños, pero no pudieron tenerlos. Yo siempre quise que mi casa se llenara de nietos, oír sus risas…

–Sus gritos, sus peleas… –Elise había vivido en un orfanato con doce niños por habitación y siempre había deseado poder vivir en un lugar tranquilo y apartado como Desert Spring, un lugar en el que no sucediera apenas nada, pero donde pudiera convertirse en una ciudadana normal. Cuando creció comenzó a ocuparse de los pequeños. Le gustaba pasar tiempo con ellos, ayudarlos a que se vistieran, supervisar sus horas de juego. Pronto había empezado a soñar con tener una familia propia.

Se puso la mano sobre el estómago. Muy pronto ocurriría, muy pronto tendría, al menos, una parte de ese sueño, la parte más preciada.

–Quizás no ha sido más que un sueño poco realista. Supongo que eso tendré que tratarlo con la mujer que responda a mi anuncio.

–Lo dice como si estuviera convencido de que responderá una única mujer.

A ella le parecía que habría cientos de mujeres interesadas en compartir su vida con aquel tierno vaquero. De pronto, una parte de ella no quería ayudarlo con el anuncio. Porque empezaba a intuir la idea de que tal vez…

Aquella podría ser la solución a lo que había estado buscando.

Una semana más tarde, Elise le pidió la furgoneta a Chuck y se acercó a la granja de Cole. Era mucho más bonita de lo que él la

había descrito y mucho mejor de lo que ella se había imaginado.

Estaba rodeada de una valla blanca y había pequeñas flores que alimentaba el sol de mayo. Un único árbol solitario junto a la casa, se inclinaba sobre ella, empujado por el viento. En Texas siempre soplaba el viento. A cada lado de la casa había tierra en la que pastaban vacas.

Una brisa cálida entraba por las ventanas de la furgoneta cargada del intenso olor a animal.

Aquel era exactamente el lugar con el que siempre había soñado. Por fin estaba en casa. Ahora solo tenía que convencer a Cole de que ella era la esposa que necesitaba.

La puerta de la camioneta rechinó al abrirla y Elise salió de la polvorienta cabina.

Se sacudió la falda, que se le había quedado pegada por el sudor que provocaba aquel apabullante calor.

El sol le abrasaba los hombros mientras se dirigía a la casa.

Quizás debería de haber llamado antes. Pero entonces le habría dado la oportunidad de que le hubiera dicho que no antes de tiempo. Quería presentarse en persona. No porque tuviera mucho que ofrecer. Siempre había pensado que tenía un físico vulgar. Era demasiado pálida y con demasiadas pecas.

Bueno, no podía esperar más.

Ella ya había hecho sus averiguaciones sobre quién era Cole Dalton. Era un respetado ranchero de la comunidad. Nadie tenía nada malo que decir de él y, tal y como había sospechado, todo el mundo decía que adoraba a su hija. ¿Qué más se podía pedir de un hombre en aquellas condiciones?

¿Qué importaba que no hubiese amor? Hacía mucho tiempo ya que se había dado cuenta de que el príncipe azul con su armadura reluciente no iba a llegar a rescatarla de las maldades del mundo. No siempre se daba la situación perfecta. Tomaría lo que hubiera si es que Cole la aceptaba. Pero, ¿qué ocurriría si no era así? ¿Qué pasaría si se reía de ella, de su atrevimiento? ¿Podría rechazarla? Su estómago se retorció al pensar en esa posibilidad. Si se reía de ella, no importaba.

–Hola –dijo una voz desde atrás.

Elise se dio la vuelta y vio a Cole al pie de la escalera. Llevaba el torso descubierto y estaba sudoroso. Sus músculos relucían bajo el intenso sol y hacía que pareciera una estatua de mármol. Ya había tenido la oportunidad de sentir su descarga eléctrica cuando lo tenía cerca. La boca se le secaba y las rodillas le temblaban.

Se apoyó sobre un poste pintado de blanco y se echó para atrás el sombrero. El sol creaba un juego de luz y de sombras sobre su rostro. Llevaba unos vaqueros ajustados, muy ajustados. Por un

momento, Elise dudó de si aquella sería una buena idea.
–¿Elise? –preguntó él.
Ella asintió al oír su nombre. Tenía la sensación de que su presencia la hubiera privado de la capacidad de hablar. El bolso se le escurrió del hombro y lo agarró por el asa, retorciéndola.
–Hola –consiguió decir al fin.
Él no respondió.
Elise se preguntó una y otra vez qué estaba haciendo allí. El silencio resonaba, cargado y tenso. Cole se quitó el Stetson y se pasó los dedos por el pelo. Luego se lo volvió a colocar hacia delante, oscureciendo con una sombra opaca su mirada.
Tenía que mantener su firmeza y tomar las riendas de la situación.
–He venido por lo del anuncio.
Cole continuó callado. Se cruzó de brazos y sus hombros le parecieron tan anchos como todo el desierto de Texas.
Elise se tragó su orgullo.
–¿Lo ha enviado ya?
–No.
–Bien… quiero decir –su cabeza daba vueltas sin saber bien cómo atacar el tema–. Bueno, tengo una idea que tal vez querría considerar.
Él asintió lentamente.
–Hace calor–se pasó el dedo por el torso húmedo por el sudor.
El pulso se le aceleró.
–Seguramente tendré algo frío para beber. Vamos dentro.
Subió los escalones lenta y varonilmente, como solo un vaquero podía hacerlo. Abrió la puerta y le indicó que entrara. Dejó el sombrero en el perchero de la entrada.
Al principio, cegada por la luz exterior, tardó en adaptarse a la oscuridad interior. Pero, poco a poco fue apareciendo una hermosa casa, decorada en colores suaves, agradable y acogedora.
–Ponte cómoda. Iré a ponerme una chaqueta –la miró de un modo que la estremeció–. No esperaba compañía. Estaba trabajando cuando vi que la furgoneta de Chuck se acercaba. ¿Era la furgoneta de Chuck, verdad?
Incapaz de responder, se limitó a asentir. Su jefe le había dejado el vehículo en un par de ocasiones, sin hacer preguntas.
–En seguida vuelo. La cocina está ahí –dijo mientras señalaba.
Tratando de olvidar la visión de sus músculos se dirigió hacia donde le había indicado.
Atravesó el cuarto de estar, donde había un cómodo sofá y una consola con un televisor. Había una pared cubierta de fotografías, pero se resistió a mirarlas.

La cocina era amplia y soleada, muy agradable. La nevera estaba llena de dibujos infantiles, seguramente.

Le gustaba aquel lugar. Necesitaba quedarse.

Al oír que Cole se aproximaba, llenó unos vasos de agua fría y le ofreció uno al verlo entrar.

–Puesto que has estado trabajando he pensado que tendrías sed.

–Gracias –dijo él con una sonrisa.

Se bebió el agua casi de golpe, mientras los músculos de su garganta se tensaban.

No estaba interesada en casarse con Cole por lo atractivo que era. Elise solo quería una casa, necesitaba una casa. Si, además, venía acompañada de un guapo esposo y compañero, mejor que mejor.

Se sentaron en la mesa de la cocina. Cole apoyó los codos sobre la mesa. Elise se situó frente a él, cruzó los pies y colocó las manos sobre el regazo.

Después de tomarse un segundo vaso de agua, la miró pensativo.

–¿Piensa que falta algo en el anuncio?

Elise sintió pánico.

«¿Y si no cree que sea el tipo de mujer adecuada para ser su esposa? Como Rusty. ¿Y si piensa que no soy buena como madre de su hija?», pensó Elise.

El corazón le latía con fuerza, pero trató de ignorar las dudas que estaban a punto de paralizarla. Lo que no iba a hacer era sentarse y esperar a que las cosas ocurrieran como había hecho toda su vida. Tenía que agarrar al toro por los cuernos y continuar con su vida, labrarse un futuro. Aquella era una oportunidad que no podía dejar pasar.

–No es eso. Pienso que el anuncio era perfecto, pero he estado pensando… –trató de deshacer el nudo que tenía en la garganta.

–¿Sobre qué? –su intensa mirada hizo que a Elise se le encogiera el corazón.

–Pues… –se aclaró la garganta–. Que quizás, bueno, me gustaría ofrecerme voluntaria…. como esposa tuya.

Elise podía sentir la sangre que se le agolpaba en la cabeza.

Por un momento, deseó que el suelo pudiera tragársela allí mismo. Se sentía como cuando tenía siete años y estaba de pie, frente a una pareja que había venido a adoptarla. Un ligero movimiento de cabeza fue suficiente para que entendiera que no la consideraban los suficientemente buena.

De pronto, sintió el impulso y la necesidad de huir de allí, de agarrar la furgoneta y largarse de allí. Pero no iba a hacerlo, en esa ocasión no.

Alzó el rostro en un gesto desafiante y lo miró a los ojos,

retándolo a que se riera si era capaz.

No lo hizo. En lugar de eso, se apoyó en el respaldo de la silla y unió las manos sobre el vientre.

–¿Por qué?

–¿Por qué? –repitió ella, desconcertada, sin saber muy bien qué iba a decir.

Elise volvió a cruzar las piernas en sentido inverso y trató de controlar el temblor que sentía.

–¿Por qué estaría interesada en vivir aquí, en mitad del campo, cuidando de una niña que no es suya, casada con un hombre al que no ama?

Elise hizo un último acopio de fuerza y respondió.

–Es muy sencillo –dijo ella–. Porque estoy embarazada.

Capítulo 2

SI DE pronto hubiera salido un conejo de su sombrero, no se habría sentido más sorprendido.

Parpadeó una vez, mientras trataba de asimilar la información que acababa de darle Elise.

La miró de arriba abajo. No podía imaginar que dentro de aquel cuerpo delgado, de vientre plano y caderas estrechas hubiera nada.

No parecía estar embarazada. Pero, en cualquier caso, no le entusiasmaba la idea de pasar otro embarazo, pues el de su ex mujer había sido un verdadero infierno. No, no volvería a pasar por aquello otra vez.

Pero la confesión de Elise despertó su curiosidad y le hizo preguntarse qué sería realmente lo que aquella mujer quería.

¿Acaso quería casarse con él, tener el niño y dejarle una segunda carga? El recuerdo de su dolor pasado lo desconcertaba.

–¿De cuánto está? –le preguntó.

–Tres meses y medio –dijo ella y se tocó el vientre. Sé que no se nota mucho todavía, pero estoy ansiosa porque se me vea y poder ponerme trajes de embarazada.

Cole alzó las cejas en un gesto de sorpresa. Su ex mujer no había querido en ningún momento que su cuerpo cambiara y lanzaba contra él la furia que sentía.

Miró a Elise durante un rato, tratando de entender lo que acababa de decir, tratando de dilucidar si era o no era verdad.

–¿No le importa estar embarazada?

Como respuesta inmediata, el rostro de Elise se iluminó. Parecía más hermosa aún que antes.

Cole sintió que algo le oprimía el pecho. Se la podía imaginar con su cabello caoba cayendo sobre los hombros y su vientre abultado, con esa sonrisa cálida y reconfortante. Podía imaginársela en sus brazos, podía imaginarse sus suaves curvas, su cuerpo delicado y frágil y sus labios provocadores.

«¿Qué demonios me está pasando? Estoy poniendo el carro delante del caballo. ¡Está embarazada!», se recordó a sí mismo.

No importaba lo atraído que se pudiera sentir por ella. Cuando le había dicho la razón por la que había ido al rancho, había sentido que el pulso se le aceleraba. Había pensado que su suerte había cambiado. Había abrigado la esperanza de que la mujer que se

prestara a un matrimonio así fuera atractiva, pero realmente era un regalo que no podía exigir. De pronto, se había sentido realmente afortunado.

Pero estaba embarazada y era un problema.

¿Qué iba a hacer?

–Me encanta estar embarazada –dijo ella–. Me gusta hasta tener náuseas.

Se pasó la mano por el vientre en un gesto protector.

Paula nunca había sido tan maternal, ni durante ni después del embarazo. Cole estaba realmente sorprendido de ver la diferencia entre Elise y Paula.

–Pero nunca pensé que sería madre soltera. No estaba en mis planes –dijo ella.

Cole sabía mucho sobre planes fallidos y ese sentimiento lo incitaba a querer abrazarla y protegerla.

Pero en su cabeza había miles de preguntas no solo dirigidas a ella, sino también a sí mismo. No sabía si quería la responsabilidad de otro niño, otra boca que alimentar.

¿Qué estaba haciendo? ¿Estaba, realmente, contemplando la posibilidad de casarse con aquella futura madre?

Respiró profundamente antes de formular la siguiente pregunta.

–¿Sabe quién es el padre?

Elise se indignó con aquella pregunta.

–Claro que lo sé. ¿Qué tipo de mujer piensa que soy?

Él se encogió de hombros.

Por supuesto, él no tenía por qué saber nada de ella. No sabía nada de ella, ni de su pasado, ni de su educación, ni de su moral, ni de sus planes para el futuro. No podía saber si era el tipo de mujer adecuado para ser la madre de su hija. Además, el padre de su bebé podría ser cualquiera.

Elise abrió la boca para responder, pero la cerró de golpe. Bajó los ojos y se miró las manos.

–Supongo que tiene razón –una gran fuerza interior hizo que su voz saliera con firmeza–. Yo tuve la oportunidad de interrogarle el otro día y supongo que ahora es su turno. Vamos, pregunte lo que quiera.

–¿Dónde está el padre?

–En este momento no lo sé. Rusty no quería ni ser padre ni estabilizar su vida –agitó la cabeza, entristecida por sus propias circunstancias–. Está en el circuito de los rodeos –soltó una ligera carcajada–. Al principio pensé que era muy romántico y un especie de profesión tradicional, que pasaba de padres a hijos, de generación en generación. ¡Pero estaba muy equivocada!

Se miró los dedos y se quedó en silencio unos segundos.

–Pensé que estaba enamorada. Pero creo que, en realidad estaba enamorada de la idea de estar enamorada. Lo seguía de rodeo en rodeo. Cuando llegamos a Amarillo me enteré de que estaba embarazada. Así es como terminé en Desert Springs.

–¿La abandonó aquí? –le preguntó Cole.

Elise asintió.

–Sin una sola moneda en el bolsillo.

Se quedó en silencio y bajó de nuevo los ojos para ocultar su emoción.

Cole apretó los puños. ¿Cómo podía un hombre haber hecho algo así? ¿Cómo podía un hombre haber abandonado en aquellas condiciones a la mujer que llevaba a su hijo en las entrañas?

Cole recordaba el día en que Paula le había dicho que estaba embarazada. Ella estaba furiosa con él, mientras él no cabía de gozo.

Ansioso por compartir aquel maravilloso momento con su mujer, había tratado de abrazarla. Pero Paula se había apartado de él y le había lanzado un jarrón.

De pronto, sintió un vinculo de unión con Elise, algo que nunca había sentido con su ex mujer. A Elise la habían rechazado, tal y como le había sucedido a él. Por algún motivo, quería reconfortarla, decirle que todo iría bien para ella y para su bebé. Pero se resistía. No conocía su historia familiar. No sabía qué hacer.

–Ese tal Rusty, ¿la abandonó cuando le dijo que estaba embarazada?

–Sí. Estaba claro que él no era el hombre que yo pensaba que era –el temblor de su voz hizo que Cole sintiera ira–. Cuando me di cuenta de que me iba a abandonar, no se me ocurrió pedir perdón ni nada por el estilo. No estaba dispuesta a suplicarle a un hombre que estaba dejando muy claro que no nos quería ni a mí ni a mi hijo.

Admiraba aquella determinación. Pero, entonces, ¿por qué volvía los ojos hacia un extraño para convertirlo en su marido? Le daba la sensación de que había algo más debajo de todo aquello.

–¿No tiene familia, alguien que pueda ayudarla? –preguntó. Tal vez, sus padres la rechazaban por ser una madre soltera.

Ella alzó la barbilla orgullosa.

–No necesito a nadie. Soy perfectamente capaz de cuidar de mí misma.

–Entonces, ¿por qué quiere casarse conmigo? –le preguntó–. ¿Por qué quiere un matrimonio sin amor?

La miraba tan intensamente, que ella tenía la sensación de que podía ver dentro de su alma.

Una parte de él quería darse la vuelta y decir que no, pero otra,

su parte más noble, tenía tentaciones de intentarlo con ella.

–No se trata de cazar un marido. De hecho, desde el principio acepté el ser una madre soltera. Pero, entonces, lo conocí a usted. Sus razones para buscar una esposa me hicieron pensar que yo quería una familia para mi bebé. No quiero que mi bebé crezca como…

Apartó los ojos, incapaz de soportar más. Cole sintió el urgente deseo de abrazarla, de reconfortarla. Pero lo reprimió, incapaz de entender lo que le sucedía y totalmente reacio a admitir eso como parte de él.

Cuando Elise logró controlar sus emociones, añadió aún algo más.

–Quiero que mi bebé tenga madre y padre. Usted quiere lo mismo para Haley.

Cole la miraba con una extraña intensidad. La tranquilidad que había sentido mientras conducía hasta allí había desaparecido. Tenía la sensación de que iba a estallar de un momento a otro. Sabía que Cole era la razón de que se sintiera así. Podía sentir que se estaba resistiendo.

Sin embargo, ella quería aquella familia y quería que aquella fuera su casa, por el bien de su bebé.

–Quiero que mi bebé tenga un lugar donde echar raíces, y que estas lo ayuden a crecer con confianza y seguridad.

Elise se quedó en silencio. No sabía si, tal vez, había dicho demasiadas cosas, más de lo que debía.

Se sentía expuesta y vulnerable.

–Ya –dijo él–. ¿Y piensa que yo sería un buen padre?

–Sí –dijo ella. Se sentía completamente segura de eso. Había preguntado a sus vecinos y amigos y todos coincidían en lo mismo: haría cualquier cosa por su hija. Entendía ese tipo de amor y sacrificio que era tan raro y precioso.

–¿Cómo lo sabe? No me ha visto aún con Haley. Quizás sea un padre terrible con mi hija.

Elise se tensó. Ella sabía muy bien lo que era un padre terrible.

–Si lo fuera, no le preocuparía la felicidad de su hija. No dejaría a un lado su orgullo para encontrarle la madre que necesita.

Elise empezó a temblar. Entendía las dudas de aquel hombre. No se trataba de si ella sabía o no que era buen padre, sino de que él dudaba de su habilidad para ser madre. No sabía probar que era buena, igual que no había sido capaz de hacerlo cuando aquella pareja había llegado con la intención de adoptarla y le había dicho que no.

Se levantó, furiosa y humillada.

–Está claro que no tiene ningún interés en casarse conmigo. Supongo que lo de otro niño no estaba previsto para usted. Gracias por su tiempo. Nos veremos por ahí.

Se levantó y, conteniendo su impulso inicial, echó a andar.

Cole vio que se marchaba con un sentimiento de confusión e impotencia. No sabía qué pensar, pues cuanto le había dicho había despertado en él dudas.

Claro que esperaba ser un buen padre. Quería serlo, por el bien de Haley. Pero temía fracasar en un nuevo matrimonio.

Elise había mal interpretado ciertas cosas. Nunca se había considerado a sí mismo como el candidato al padre ideal. Trataba de hacer las cosas lo mejor posible, pero muchas veces se equivocaba. En este caso, sabía que la decisión de buscar una madre para Haley era acertada.

Pero, ¿era Elise la mujer adecuada?

Solo sabía una cosa que lo podía guiar: no estaba preparado para dejarla marchar. No sabía qué hacer. No estaba seguro sobre ningún aspecto de aquel plan de vida que había tramado. Pero no podía dejar que se marchara sin más.

Salió tras ella y la llamó.

Ella se volvió un segundo.

–Buena suerte en su búsqueda de la esposa perfecta.

–¡Espere! –Cole la alcanzó y la agarró del brazo. Una corriente eléctrica los recorrió a ambos. En ese instante sintió el impulso de abrazarla, pero contuvo esa necesidad irracional.

Elise no pudo reprimir el llanto y él se desconcertó.

La volvió hacia él.

–¿Qué es lo que he dicho?

Ella agitó la cabeza en un gesto desesperado y se apartó bruscamente.

–No es lo que ha dicho, sino lo que no ha dicho. Parece ser que mi propuesta le ha descolocado completamente sus planes. Si la respuesta es no, dígamelo. Sé admitir una negativa.

–No era mi intención que se sintiera rechazada –dijo él, la agarró de los brazos y se la acercó. Sintió su delicada fragancia–. La idea de ser padre otra vez, de tener la responsabilidad de otro bebé me da miedo.

–¿No será que lo que no quiere es un hijo que no sea de su sangre?

–Bueno, es algo a considerar. Además, es un gran compromiso.

–¿Y el matrimonio no lo es?

Una ligera sonrisa iluminó su rostro.

–Sí, tiene razón. Por algún motivo, pensé que mi idea sería más

fácil de llevar a cabo.

–¿Por qué pensó eso?

–Mi tatarabuelo pidió una novia por correo. Claro que eso ocurrió en el siglo pasado. Pero juntos, construyeron este rancho y tuvieron una gran familia –se encogió de hombros–. Supongo que al considerar que el amor no fue suficiente para hacer funcionar mi matrimonio, me planteé otras posibilidades.

–Entonces, ¿qué es lo que está haciendo que la decisión sea tan difícil?

Respiró profundamente.

–Mi mujer nos abandonó a mi hija y a mí y temo que eso pueda volver a ocurrir. ¿Cómo puedo saber yo que dentro de tres meses no se habrá aburrido del rancho y nos abandonará a mi hija y a mí? ¿Cómo sé que no se marchará, dejándome la responsabilidad de su hijo?

Elise, indignada, se llevó las manos a las caderas.

–Pues, sencillamente, porque si me comprometo, cumplo mi palabra. No se trata de usted y de mí, sino de dos vidas más que a ambos nos importan mucho. ¡Jamás abandonaría a mi bebé! –su voz sonaba firme y segura, a pesar del temblor doloroso que la teñía.

¿Podría realmente creérla? También Paula le había prometido amor y fidelidad en lo bueno y en lo malo. Pero lo malo llegó antes de que pudieran disfrutar lo bueno.

–Quiero que entienda que esta no ha sido una decisión fácil para mí, tampoco. Me lo he tenido que pensar mucho antes de venir aquí –le colocó la mano sobre el brazo. Cole sintió la agradable sensación que le transmitía su calor–. Pero Cole, si tiene dudas, tómese su tiempo. Vea qué otras opciones tiene, otras mujeres.

–La cuestión es que mis dudas no son respecto a usted, sino respecto a la situación –tenía una contradicción interna entre su necesidad de una madre para Haley y su incapacidad de confiar. Respiró profundamente y controló sus nervios–. Antes de tomar una decisión, necesito que pase una prueba.

Su mirada se fijó en aquellos labios sensuales. Elise retiró la mano de su brazo.

–¿Una prueba?

Cole sintió el inexplicable impulso de besarla. Realmente, habría deseado probar lo que sucedía si sus cuerpos entraban en contacto. Pero eso no era lo que importaba ahora. ¿O sí?

Elise sentía mucha tensión y tenía la garganta seca. ¿Qué significaba aquella mirada?

Ya la había visto con anterioridad en los ojos de otros hombres. Era deseo, simple y llanamente y la ponía nerviosa. Sintió su mirada de arriba abajo como una caricia. Se estremeció y sintió un escalofrío que le recorrió la columna vertebral. Miró sus labios, densos y generosamente dotados de carnosa sensualidad. Algo se le removió dentro.

–¿Qué tipo de prueba?

–Necesito que conozca a Haley –le dijo–. Si se lleva bien con ella, entonces podremos llegar a un acuerdo.

No era la respuesta ideal que ella habría deseado, pero era comprensible.

Una hora más tarde, sentada en el salón de la casa de Cole, esperaba ansiosa y nerviosa la llegada de padre e hija.

Elise no sabía comportarse adecuadamente en situaciones como aquella. Nunca daba lo que debía en situaciones críticas.

Recordaba cuántas veces había tenido que enfrentarse a parejas dispuestas a adoptar niños y a carecer de lo que estas buscaban: ser un niño, tener los ojos azules, ser rubia, tener una sonrisa perfecta, tener las mejores notas…

En aquella ocasión no era muy diferente. Después de todo, Haley probablemente no querría cualquier mamá, sino que querría su verdadera mamá. ¿Cómo podría competir Elise con eso?

Quizás Cole lo único que había hecho había sido ponerla en una situación imposible de superar precisamente para que fracasara. No podía culparlo por ello. Le estaba pidiendo demasiado: le estaba pidiendo asumir la responsabilidad de una esposa y un nuevo bebé.

Sentada en el sofá comenzó a preguntarse si él había sido realmente honesto al describir cómo era su hija. Podría ser que se tratara de un pequeño monstruo y, por eso, hubiera sido incapaz de mantener a ninguna niñera en casa.

Trató de recordar cómo eran los niños del orfanato. Las monjas decían que ella tenía un don natural para con los niños. Se puso la mano sobre el abdomen y rogó para que eso fuera realmente así. Quería ser una maravillosa madre para su hijo. El problema era que no tenía a nadie con quien compararse, ningún patrón a seguir.

Cuando estaba sumida en aquellos pensamientos, oyó que se abría la puerta principal.

Un cabalgar de pequeños pasos precedió a los de Cole.

Elise se preparó para recibir a la pequeña. Pero esta no se detuvo ni siquiera a mirarla. Subió escaleras arriba sin detenerse y cerró la puerta de su habitación de golpe.

Algo ocurría. Seguro que ella era la razón. La pequeña quería una madre, pero no una madrastra.

–Lo siento –dijo Cole, completamente contrariado. Tenía un

gesto preocupado y las ojeras parecían más oscuras que de costumbre.

–Supongo que no le gustó la idea de una madrastra –dijo Elise. No había modo de pelear por nada cuando la última palabra la tenía una pequeña de cinco años que hacía lo que quería de su padre.

–No, no es ese el problema. Está enfadada conmigo.

–¿Por qué? –dijo Elise.

–Había olvidado qué día era hoy.

Elise se recostó sobre el respaldo del sofá. Recordó aquel día en que lloraba desconsoladamente porque nadie había recordado su dieciséis cumpleaños.

–¿Es su cumpleaños?

–No. Nunca podría olvidar el día de su cumpleaños. Pero hoy era un día dedicado a sus personajes de cuento favoritos y se me ha olvidado. Ha sido la única sin disfraz.

–¡Vaya! –Elise observó a Cole.

–No sé cómo hacerlo mejor –dijo él–. Si se hace una herida, sé cómo arreglármelas, si no le gusta la comida, si necesita ropa. Pero este tipo de cosas… ¡Le he roto el corazón!

Ella sabía que no era tan importante como él pensaba.

–Lo superará –le aseguró y, sin saber por qué, sintió el incontrolable impulso de arrimarse a él y abrazarlo. Pero, en lugar de eso, se cruzó de brazos–. Todos los niños tienen que sufrir pequeñas decepciones, pero son parte de la vida y de la experiencia que los hará más fuertes después. Acabará por olvidarse de todo esto.

–No sé. Está muy enfadada y muy triste. No ha parado de llorar durante todo el camino.

Elise podía sentir su dolor.

–Quizás yo pueda ayudar. Iré a hablar con ella.

La miró sorprendido.

–No he tenido la opción de hablarle de usted…

–No importa. Me presentaré diciendo que soy una nueva amiga.

–Pero, ¿qué le va decir, cómo solucionará las cosas? –frunció el ceño con desesperación.

Sonrió le puso la mano sobre el hombro. Una sacudida eléctrica le recorrió el hombro y ella apartó la mano. Sabía que entre ellos no podía haber más que una amistad. Pero no podía evitar sentir que un rápido vínculo se iba creando.

–No se preocupe, sabré qué decir.

Cole no hacía sino recorrer el salón de arriba abajo. Se culpaba

de su propia estupidez. ¿Cómo podía haberse olvidado de una fecha tan importante para Haley?

Según pasaban los minutos, Cole dudaba más de la capacidad de Elise para arreglar las cosas. En realidad, era él el responsable y él único que debía de deshacer el entuerto.

Si a Haley no le gustaba Elise, entonces las cosas podrían empeorar francamente. Realmente, había querido pensar que Elise podía ayudar, pero había sido un error dejar algo así en sus manos. Tenía que intervenir.

Se dirigió a la habitación de la pequeña y, cuando estaba a punto de entrar, lo sorprendió un ruido familiar. Era una risa. Miró sorprendido a la puerta cerrada y se sintió excluido de la vida de su hija. Sintió celos. ¿De qué se estaban riendo?

¿Por qué con él no se reía así? Se sintió triste y decepcionado.

Así que verdaderamente Haley necesitaba una madre más de lo que lo necesitaba a él. El corazón se le encogió.

Lentamente, bajó las escaleras y se dejó caer sobre el sofá descorazonado. Se sentía frustrado, confuso respecto a lo que ser padre significaba.

De pronto, oyó que la habitación de Haley se abría. Se incorporó rápidamente, y trató de ocultar su desánimo.

Haley bajó dando saltos por la escalera. El amargo llanto había sido sustituido por un sonrisa.

La niña, eufórica, llevaba el vestido rosa que su madre le había enviado dos semanas antes de su cumpleaños, un vestido tan inadecuado para un rancho como la misma Paula lo había sido, lleno de volantes de organdí y lazos.

La niña se presentó ante su padre.

–Hola, papi.

–¡Estás preciosa! –dijo él con una sonrisa genuina, que borró por completo el insensato arrebato de celos que había sentido de repente. Lo único importante era que su hija fuera feliz.

Elise venía detrás de la niña.

–Elise dice que parezco Ricitos de oro, pero yo quiero ser Cenicienta. ¿Parezco una princesa de cuento, papi?

Se dio cuenta de que llevaba sobre la cabeza una improvisada corona de cartón con purpurina.

–Todo lo que necesitas es una calabaza que se convierta en carroza –dijo feliz de la magia que había provocado Elise–. También faltan los ratones.

–Y un príncipe –dijo Elise, mirándolo a él.

–El príncipe eres tú, papi.

La niña se lanzó a sus brazos y hundió la cabeza en su pecho.

Cole miró a Elise.

–Gracias.

Ella asintió con una sonrisa.

–Elise me ha dicho que puedo ponerme el traje mañana, que seré la única princesa del colegio y que todo el mundo se fijará en mí. Si me lo hubiera puesto hoy, nadie se habría dado cuenta. ¿Me dejas, papi, me dejas que me lo ponga mañana?

–Por supuesto, cariño –la besó tiernamente en la mejilla. Aquella mujer acababa de hacer un milagro.

Tal vez, después de todo, un matrimonio por conveniencia podría llegar a funcionar, siempre y cuando fuera con la mujer adecuada.

¿Sería Elise esa mujer? Estaba empezando a pensar que sí. No solo se llevaba bien con Haley, sino que era muy atractiva. De pronto, su futuro parecía mucho más luminoso.

Incluso las relaciones matrimoniales parecían abrir una inesperada puerta.

Capítulo 3

TE QUIERES casar conmigo?

Elise miró a Cole. No era el modo de hacer una proposición con la que ella había soñado, nada de rodilla a tierra, nada de anillo de compromiso, nada de palabras tiernas.

Pero aquel no era más que un matrimonio de conveniencia hecho por dos adultos en beneficio de sus hijos.

Y, sin embargo, a pesar de todo, algo se rompía dentro de ella.

«Vamos, Elise. No puedes tenerlo todo. Aquí tienes a un hombre fuerte, guapo, con una casa que te puede ofrecer una familia y que te está pidiendo que te cases con él. Está dispuesto a ofrecerte todo eso, menos amor. Deja de creer en cuentos de hadas. Esta es tu realidad. Es todo lo que una mujer puede querer y soñar».

Cole se dirigió hacia ella y tomó las manos entre las suyas.

–¿Tienes dudas?

Ella negó con la cabeza y acabó de golpe con la decepción de no tener un final de cuento en su vida.

Aquello era lo mejor que podía obtener en la vida.

No podía dejar de darle aquella maravillosa oportunidad a su bebé. Ese niño o niña era lo más importante en su vida. No tenía ninguna otra cosa a considerar.

–No, claro que no –dijo ella con una sonrisa.

–¿Entonces?

–Sí, me casaré contigo, Cole –dijo ella, pero las palabras le dejaron un sabor extraño en la boca. Sentía que las lágrimas contenidas le ardían en los ojos y que un escalofrío le recorría el cuerpo. De pronto tenía dudas y se preguntaba qué había hecho.

–Entonces, ya está –dijo él y se metió las manos en los bolsillos traseros del pantalón, en un gesto que denotaba que no sabía qué hacer ni qué decir.

Ella sabía exactamente cómo se sentía. Estaba nerviosa y se sentía como si estuviera en una ladera, sujeta a la pared solo por las yemas de los dedos.

Algo le revolvía el estómago. Pensó que serían las hormonas y que esperaba que no fuera arrepentimiento y temor de estar cometiendo el mayor error de toda su vida.

–¿Cuándo quieres que se lleve a cabo la boda?

Elise se las arregló para responder a pesar de su estado de

confusión.

–Cuanto antes mejor.

Él asintió.

–Será mejor que lo hagamos oficial antes de que se te empiece a notar el embarazo.

–Sí –sintió algo extraño, una sensación desconocida.

–¿Qué te parecería que fuera este fin de semana? Podemos tener a un juez de paz para la ceremonia. ¿O pensabas en casarnos por la iglesia?

Había demasiadas emociones batiéndose a duelo dentro de ella. Por supuesto que habría querido una boda por la iglesia, con un hermoso vestido blanco, flores en el pelo y un adorable novio. Habría querido estar rodeada de familiares y amigos, habría querido una gloriosa fiesta, con un pastel de tres pisos y champán que la hubiera mareado tanto como los besos del novio. Pero no iba a ser así. Tenía que conformarse con lo que había.

–Sí, un juez de paz me parece bien.

–De acuerdo –pareció aliviado y ella se sitió decepcionada–. Yo me encargaré de los detalles. ¿Por qué no lo hacemos el sábado? Puedo conseguir a los testigos.

–Bien –dijo ella. Bueno, después de todo, no tenía ni familia ni amigos a los que invitar.

–¿Quieres invitar a tus padres? Los míos no están, pero me alegraría de poder conocer a los tuyos.

–¿Mis padres? –se le puso un nudo en la garganta–. Nunca vendrían.

Sin saber por qué, se dio cuenta de que había algo que no habían dejado suficientemente claro y ella necesitaba que lo estuviera, antes de que Cole se equivocara.

–Cole … –comenzó a decir–. Hay algo de lo que no hemos discutido.

Cole levantó la ceja y esperó en silencio a que ella continuara.

Elise apartó la mirada para poder enfrentarse mejor a lo que iba a decir.

–Asumo que este matrimonio… bueno, va ser solo un matrimonio en los papeles –lo miró, como si tratara de dilucidar si él entendía a qué se refería. Cole no hizo gesto alguno. Se limitó a mirarla, como si tratara de desentrañar una adivinanza.

–Quiero decir … –continuó ella–. Bueno, que no habrá … sexo.

Cole sintió que le daban con una inmensa puerta de madera en la nariz. No había esperado que se metiera en su cama de la noche a la mañana, pero sí había asumido que acabaría siendo un verdadero matrimonio.

De acuerdo, tenía que admitir que había, incluso, empezado a

imaginarse lo que sería hacer el amor con Elise. ¡Después de todo era un hombre como cualquier otro hombre que llevaba demasiado tiempo sin tener relaciones con una mujer! ¡Y podía ser que todavía fuera a ser más largo! ¿Es que pretendía que se mantuviera en celibato el resto de su vida? ¡No podía hablar en serio!

De acuerdo, tenía que admitir que un matrimonio así no era tan fácil como lo había sido en la época de su tatarabuelo. Sin duda, Jessie Dalton nunca le podría haber puesto esa condición al viejo Dalton. Y, si lo había hecho, no había sido durante mucho tiempo, pues llegaron a tener doce niños, Respiró profundamente y trató de no hacer patente su frustración. Quizás era cuestión de tiempo el que Elise cambiara de opinión, pero no podía contar con esa posibilidad. ¿Acaso habría tenido una experiencia realmente terrible con aquel maldito vaquero?

Sin querer, apretó los puños ante la idea de que pudieran haberle hecho daño. Aún más, ante la idea de que cualquier otro hombre hubiera podido acariciar aquel cuerpo. Era una sensación irracional, una necesidad animal de protegerla. Entonces, si solo era eso, ¿por qué la idea de no poder tocarla nunca le causaba semejante desasosiego y tamaña decepción?

Quizás era el embarazo lo que hacía que se sintiera así y las hormonas la que le quitaban todo interés en el sexo. Recordaba cómo Paula se apartaba de él noche tras noche, hasta que fue él el que dejó de acercarse a ella. ¡Dios santo! ¿Acaso Elise acabaría siendo como Paula?

–¿Te ha sorprendido? –preguntó Elise.

Cole apretó los dientes. ¿Por qué su voz sonaba en sus oídos como música celestial?

–No. Supongo que no. Debería haber supuesto que sería así.

Elise se cruzó de brazos.

–Supongo que no creerías que me iba a meter en la cama con un extraño así como así

–La verdad es que no lo había pensado así –pero no tenía más remedio que admitir para sí mismo que sí se había planteado lo que sería tenerla en sus brazos. Ya no podría averiguar si la imaginación y la realidad lograrían hallar un punto de encuentro.

Lo cierto es que se sentía como un toro acorralado contra un muro. Trataba de averiguar qué le provocaba semejante estado de tensión. Por fin, tuvo que enfrentarse a lo que no quería admitir.

–No pensé que consumaríamos la relación de inmediato. Pero sí creí que, después de conocernos, cuando la situación se relajara… –se pasó los dedos nerviosamente por el pelo–. No sé.

–¿Puedes vivir con esa condición? –le preguntó directamente.

No tenía otra elección, no si lo que buscaba era una madre para

su hija. Aquella era la razón para el matrimonio y Elise era la candidata perfecta.

–Me gustaría poder renegociar ese punto dentro de seis meses.

–¿Para qué? –preguntó ella en tono desafiante.

–Puede que te sientas diferente cuando ya no estés embarazada.

–Lo dudo. Pero entiendo… bueno, tus dudas y tu preocupación.

¿De verdad lo entendía?

–Yo no puedo hacerte ninguna promesa, Cole.

–Lo comprendo –quizás, sencillamente es que era tímida–. Pero yo también pongo una condición

Ella se tensó.

–¿Cuál?

–Quiero que todo el mundo piense que esta es un matrimonio feliz y real. ¿Puedes aceptar eso?

Ella frunció el ceño y recapacitó sobre lo que él le estaba pidiendo. Finalmente, respondió.

–Sí, de acuerdo.

Le tomó la mano y sintió el calor y la suavidad de su piel femenina como una condena.

Se iba a pasar los próximos seis meses a base de duchas frías.

Hacía un precioso día de primavera, el día ideal para una boda. Pero Elise no se sentía radiante como debía sentirse una novia.

Se miró al espejo y se dio cuenta de que la falda estrecha que había comprado para aquel día pronto dejaría de quedarle bien. Se colocó una vez más la chaqueta de satén.

–Estás muy guapa –dijo Haley, que apareció vestida con su traje de Cenicienta.

–Gracias, cariño –Elise le acarició la mejilla–. Tú también.

–¿Puedo ponerme la corona? –preguntó la pequeña.

–Sí, ven que te la coloque –la pequeña diadema brillaba entre la mata de rizos.

–Pareces una novia tú también.

Haley sonrió.

–¿Papá es tu príncipe azul?

Elise se quedó sin habla. El corazón se le comprimió en el pecho. Pensó en Cole, en sus ojos de un azul intenso, sus anchos hombros, sus labios sugerentes y sus grandes manos. Con aquel sombrero Stetson, vestido con vaqueros y con sus camisas de trabajo que ocultaban un torso musculoso no le recordaba a ningún príncipe azul de ningún cuento de hadas. Y, sin embargo, había venido a rescatarla.

Aquel pensamiento hizo que se calmara ligeramente.

–Sí, cariño, tu padre es mi príncipe azul –trató de sonreír.
Haley le agarró la mano y Elise se emocionó.
Elise se aclaró la garganta.
–Será mejor que bajemos. Tu padre nos está esperando.
Haley corrió hacia la puerta.
–El tío Jack y la tía Mary Ann también han llegado ya.
–Bien, entonces ha llegado la hora de irse –Elise tragó saliva y aceptó la mano de Haley.
–Vas a ser mi nueva mamá. Eso es lo que dice papá –dijo Haley mientras la conducía escaleras abajo.
Elise estaba confundida. Tenía un millón de miedos y de preguntas sin respuesta.
¿Qué pasaría si Jack y Mary Ann se daban cuenta de que aquello no era más que una farsa? ¿Y si no les parecía bien la elección de Cole?
Le empezaron a temblar las rodillas.
Al entrar en el salón, todo quedó en silencio. Elise miró a Cole preocupada. ¿Habrían estado hablando de ella? Al ver al novio, fue ella la que se quedó sin habla. Parecía un hombre Marlboro con un esmoquin alquilado, pero tenía que admitir que estaba irresistible. Quizás nunca habría amor en su relación, pero tenía que admitir que se había buscado un marido muy guapo.
Elise sentía todo tipo de sensaciones contradictorias. De pronto, quiso acercarse a él, tocarlo. ¿Por qué? Ya había cometido el error una vez de equivocarse creyendo que lo que sentía era amor. Nunca más volvería a sucederle.
Decidió que aquella extraña náusea que tenía en el estómago estaba causada por el embarazo. Eso era todo y ya se iba acostumbrando.
Un silbido de admiración llenó el silencio de la habitación.
–¡Vaya, Cole! No nos dijiste que la novia fuera tan guapa.
–¿No? –Cole la miraba atónico, como si lo hubiera deslumbrado un haz de luz.
–Bueno no te quedes ahí boquiabierto y preséntanos a tu novia –dijo el hombre.
Cole se adelantó y le ofreció la mano a Elise. Ella se la tendió y se dirigió hacia él.
–Estás realmente preciosa –le dijo Cole.
–Tú también estás muy guapo –respondió ella y se ruborizó.
La risa de una mujer resonó al fondo.
–¡Qué romántico es todo esto! –la rubia teñida se acercó a Elise y la abrazó–. ¡Te has buscado un hombre estupendo y un marido fabuloso!
Cole le presentó a la mujer.

–Esta es Mary Ann –dijo Cole–. Y este el Jack Gardener. Hemos sido amigos durante toda nuestra vida casi.

–¿Cuánto hace que os conocéis? –preguntó Mary Ann.

Elise se tensó. Miró a Cole pidiendo ayuda.

–No mucho –dijo ella–. Ha sido… muy rápido.

Mary Ann sonrió.

–Bueno, no me extraña nada que Cole pueda dejar a una mujer sin sentido en segundos. A veces una mirada es suficiente. Entre Jack y yo la cosa fue diferente pues todos crecimos juntos. Tuve que esperar a que superara la edad del pavo para que se fijara en otra cosa que no fueran toros y caballos.

–Pero, una vez que eso ocurrió, me volví loco por ella.

Mary Ann le dio un cachete cariñoso.

–¡Casi tuve que llevarlo atado hasta el altar! –dijo la mujer con una carcajada–. Pero se ve que tú tienes totalmente cautivado a Cole.

Cole se aclaró la garganta y Elise sintió que algo le vibraba dentro del pecho.

–Será mejor que nos vayamos –dijo Cole–. Deberíamos de esta allí a las dos.

–Seguramente, tendremos que ir a buscar al juez Wright al lago –Jack se rio–. Le va a dar exactamente igual que llegues tarde o no, siempre y cuando no interrumpas su pesca. No me entiendas mal. Es un buen tipo. ¿No te importa un poco de olor a pescado durante la ceremonia? Con un poco de suerte os dará un par de piezas para la cena.

–¡Ya está bien, Jack! –protestó Cole.

–Dejadme que saque una foto primero –dijo Mary Ann y agarró la cámara. Esta es una ocasión que no queremos olvidar.

Cole abrazó a Elise por la cintura y ella sintió un placentero escalofrío.

Luego, agarró la mano de su niña. Durante un momento, Elise se sintió como si formara parte de una familia. Y, tal vez, todavía no lo fuera, pero esperaba llegar a serlo.

–¡Una sonrisa! ¡Que todo el mundo diga «felices para siempre»! –dijo Mary Ann.

Cole agarró a Elise con más fuerza y la miró preocupado.

–¿Estás bien?

Ella asintió, incapaz de hablar, incapaz de dejar que fluyeran sus sentimientos. Habría deseado que aquel instante fuera eterno, tener a Cole así, a su lado, rodeándolo con sus brazos, con Haley junto a ellos y su bebé tranquilamente dormido en su vientre. Aquello era lo que había deseado toda su vida. Solo esperaba que durase.

Rodeado de caras familiares, Cole tuvo la sensación durante toda la boda de estar en un sueño. Su cabeza estaba llena de preguntas y dudas, y su cuerpo tenía una extraña sensación de frustración.

La condición de que no hubiera sexo era más dura de lo que podía asumir.

Habría preferido que Elise estuviera llena de verrugas y no que hiciera alarde de semejante belleza y de una sonrisa tan embriagadora. ¿Qué iba a hacer?

Se sentía como un adolescente patoso con un ramo de flores que podía estamparle en la cara.

Se acercó a Elise que lo miró sorprendida. Se le llenaron los ojos de lágrimas y agarró el ramo.

–Gracias –susurró.

–De nada.

Sin atreverse a mirarla directamente a los ojos, Cole se colocó la chaqueta del traje y se volvió hacia el juez Wright. El hombre había dejado la caña y la cesta de pesca sobre la pared. Jack tenía razón: olía a pescado.

La señora Wright terminó la melodía de boda que interpretaba en el piano y el lugar se quedó en silencio.

Cole sentía los latidos de su corazón, la respiración acompasada y nerviosa de Elise y oía el roce del organdí del vestido de Haley. Aquella iba a ser su familia.

–Estamos aquí reunidos para unir a Cole y a Elise en matrimonio…

Cole se sintió transportado a otro día en el pasado, donde su corazón palpitaba enamorado de la mujer con la que se iba a casar. Pero aquel nuevo matrimonio era mucho más y requería mucho más y solo esperaba que Elise estuviera dispuesta a dar lo que era necesario.

Se preguntó si su tatarabuelo habría sentido lo mismo que él estaba sintiendo en aquel momento. ¿O quizás se habrían enamorado desde el primer momento?

Se resistió a pensar que pudiera haber sido así. Un aguerrido vaquero de Texas no podía caer víctima de semejante emoción. Y él, tampoco.

Ya no escuchaba las palabras del juez. Su mente estaba puesta en lo que sería el futuro.

¿Cómo sería Elise? Al recordar la limitación que le había puesto, le hizo deducir que tenía sus propias ideas, bien claras y definidas. Eso le gustaba, lo que no quería decir que sirviera para apaciguar su deseo.

–¿Cole? –lo reprendió él juez.

Se sobresaltó.

–¿Qué?

–¿Tomas a esta mujer como esposa?

Miró a Elise, la dulzura de su mirada, la firmeza de su gesto. Estaba claro: jamás podría encontrar una mujer más adecuada como madre.

–Sí, claro que sí.

El juez asintió y miró la novia.

–Elise Margaret McConnell, ¿tomas a este hombre como esposo?

–Sí –dijo ella.

Cole la miró de nuevo. Esperaba que hicieran un buen equipo. Si pudiera atemperar el deseo que sentía… Tenía que darle tiempo, centrarse en su trabajo en el rancho. De otro modo, acabaría volviéndose loco.

Pero, de algún modo, intuía que aquella cambiaría. Tenía que darle tiempo, tenía que dejar que pasara el embarazo.

–¿Tenéis los anillos?

–No –dijo Elise, al mismo tiempo que Cole respondía lo contrario.

–Sí, señor.

Sacó del bolsillo las alianzas de oro que había comprado el día anterior en Amarillo. Había pensado en darle el anillo de su madre, el que las mujeres de su familia habían llevado generación tras generación. Pero consideró que era mejor así, al menos de momento.

–Bien, os declaro marido y mujer.

Mary Ann y la señora Wright hicieron unos cuantos pucheros, mientras el juez los felicitaba.

–¡Vamos! –dijo Jack Dalton–. Besa a la novia.

Cole se volvió hacia ella, temeroso de que se apartara de él. Pero no lo hizo. La agarró por la cintura, y posó sobre sus labios un dulce beso. ¡Había soñado noche tras noche con aquel beso! Tal vez aquella sería su única oportunidad de besarla y tenía la mejor de las excusas. Y quizás aquel sería, también, su única oportunidad de cambiar las cosas.

Capítulo 4

ELISE podía pensar en un millón de actividades más recomendables en aquel momento que besar a Cole.

Elise miró al juez, luego al novio. Estaba nerviosa y desconcertada. Los ojos de Cole ardían con una intensidad desconocida y le daba miedo. Pero tenía ante ella un público ansioso por presenciar aquel beso, incluyendo a Haley. Elise no podía decepcionarla.

Antes de que pudiera hacer acopio de todas sus defensas, Cole alzó la mano para acariciarla y le rozó accidentalmente un seno.

Acercó sus labios a los de ella y suavemente susurró su nuevo nombre.

–Señora Dalton…

Elise sintió una mezcla de decepción y sorpresa. Desde niña había soñado con ser la esposa de alguien. Pero después de lo que le había hecho Rusty ese sueño se había desvanecido para siempre.

Sabía que Cole no podía amarla.

Ella tampoco lo amaba.

Serían compañeros en el largo camino de la vida, pero nada más.

Sin embargo, no era eso lo que ella sintió al notar sus labios cálidos. Aquel duro vaquero era capaz de tocar con una delicadeza única, con la maestría de un mago. Sin poder evitarlo, se dejó llevar completamente por aquel beso.

Él se dio cuenta de su involuntaria entrega, pues la abrazó con más fuerza, hasta que sus cuerpos se unieron. De pronto, sintió que la habitación comenzaba a girar. Se agarró a él para no caerse y el aroma de su piel, mezclado con el de jabón, la embriagó por completo. Cada nervio de su cuerpo absorbió el impacto de su beso, del sensual movimiento de su lengua. Consiguió que cada célula de su cuerpo ardiera de pasión por él.

Desconcertada por el efecto que aquel beso había causado, se apartó de él.

Se sentía avergonzada por el patente rubor de sus mejillas. Elise soltó una nerviosa carcajada y retiró la cara, evitando así la mirada de Cole.

No quería que pensara que había cambiado de opinión respecto a lo establecido. No pensaba compartir su cama..

Consciente de que los otros la miraban intensamente, suspiró dramáticamente, para cubrir su exagerada reacción.

–¡Vamos, Cole! –dijo en un tono fingido–. ¿No puedes esperar a más tarde?

Esperaba que aquella actuación engañara a los otros, pero, desde luego, no engañó a Cole.

Se maldijo una y cien veces por haber perdido la cabeza, por haberla besado. Debería haber evitado aquel beso. Elise, seguramente, había pensado que había sido una muestra para los espectadores. Pero no. El beso había sido real.

Aquella sería la primera de las muchas duchas frías que habría de sufrir en los próximos meses.

A menos que pudiera convencer a Elise de que consumaran el matrimonio. No podría sobrevivir si lo obligaba a mantener así las distancias. La quería y necesitaba en su cama y cuanto antes mejor.

–Tendrás que esperar –dijo Jack, con una sonora risa.

Claro que tendría que esperar, durante seis meses o más.

Cole trató de centrar su atención en sus amigos y olvidarse momentáneamente de Elise.

–El juez nos ha prometido darnos unos cuantos pescados frescos. Yo pensaba que sería una buena idea que los asáramos en el jardín.

–Jack, eres el hombre menos romántico del mundo.

Jack agarró a su mujer y la apretó contra su cuerpo.

–No era eso lo que me decías anoche.

–¡Jack!

Jack la besó.

–¿Vamos a tener un pastel de boda? –preguntó Haley, con los ojos muy abiertos.

–Por supuesto –dijo Mary Ann–. Me encargaré de comprar uno de camino a tu casa.

Haley hizo un gesto severo.

–Tiene que ser de merengue blanco.

–Por supuesto. Si no, no sería un verdadero pastel de bodas –dijo Mary Ann.

Cole le hizo cosquillas a la pequeña, que empezó a carcajearse.

–No me engañas, pequeñaja, tú lo que quieres es meter el dedo en la tarta.

–Yo también –dijo Elise, con una sonrisa conspiradora.

Cole miró a su nueva esposa. Sí, definitivamente, había tomado la decisión adecuada. No sabía explicar por qué, pero intuía que Elise sería una buena madre para su hija.

–¿Te importa que nos quedemos a comer con vosotros?

–¡Por supuesto que no! –dijo Elise, con una gran sonrisa, que no podía ocultar su nerviosismo–. ¿Verdad, Cole?

–Por supuesto –dijo él. Después de todo, cuanto más tiempo estuvieran rodeados de gente, más tiempo estarían obligados a hacer el papel de pareja enamorada. Eso le daría muchas oportunidades de tocar y besar a la novia, y de tentarla, claro estaba–. ¡Por supuesto!

Elise lo miró y Jack se dio cuenta de que estaba forzando la situación y de que, seguramente, acabaría durmiendo en el sofá.

¿Es que nunca se iban a marchar?

Elise estaba realmente agotada. Había sido un día duro: el día de su boda. Sentía que las piernas le pesaban y que quería dormir.

Estaba en el sofá, sentada junto a su esposo.

A partir de entonces, tendría que acostumbrarse a que estuviera a su lado, a sentir su cuerpo.

No había dejado de tocarla durante toda la noche: la había agarrado de la cintura, la había besado la mejilla, las sienes, el cuello. Lo que, por supuesto, había sido hecho cara a la galería.

Pero ya tenía ganas de que los invitados se fueran.

Se sentaron durante horas, tratando de evadir las preguntas sobre su relación y escuchando los recuerdos de la pareja invitada, que discutían sobre su primera cena.

–No te habría llevado nunca a comer carne, Mary Ann –dijo Jack, que estaba cómodamente sentado en el sillón, con las piernas cruzadas–. Yo era un chico muy pobre y no me podía permitir esos lujos. Fuimos a comer hamburguesas.

–Entonces, ¿para qué me puse aquel vestido azul? –Mary Ann colocó la mano sobre la rodilla de su marido–. Me parece que confundes aquella cita con otra que tuviste con otra mujer.

Elise sentía cómo le subía la temperatura al notar los dedos de Cole acariciándole el brazo.

–A ver, ¿de qué color llevaba yo el pelo en aquella cita? –preguntó Mary Ann.

Cole se rio y abrazó a Elise con más fuerza. Ella se removió, desconcertada por la sensación y él aprovechó para acomodarse mejor junto a ella.

–¿Cuánto tiempo lleváis casados? –preguntó Elise.

–Siete años –respondió Jack–. ¿No, cariño?

–Casi. Faltan cinco meses para los siete años.

–¿Tenéis niños? –preguntó Elise, tratando de desviar su atención de Cole.

–No, todavía no, pero esperamos tenerlos algún día, ¿verdad, cariño? Pero eso solo ocurrirá si Jack consigue recordar mi color de pelo cuando éramos novios.

Los minutos pasaban y el calor y la seguridad que Cole le transmitía iba haciendo que Elise se fuera relajando cada vez más.

La conversación continuaba dando vueltas como un caleidoscopio.

–Vamos, Mary Ann, siempre has tenido el pelo rubio –dijo él.

Cole se rio y a Elise le reconfortó su risa. Hacía que se sintiera segura a su lado.

–Jack Gardener, sabes de sobra que este no es mi color natural.

–Vamos, Cole, anímate, di lo primero que te venga a la cabeza.

–Pero si me acuerdo perfectamente.

–¡No te creo! –dijo Mary.

La risa de Cole le provocaba una sensación desconcertante, demasiado agradable.

«No, esto no me gusta, solo es que estoy cansada», se dijo.

Su cabeza se negó a seguir en esa ruta y se apartó, se aisló y buscó refugio en su interior.

–Eras pelirroja.

–Caoba –dijo Mary Ann.

–Es lo mismo –protestó Jack.

–¡Terroncito de azúcar, te acuerdas!

–¡No me llames eso!

–¡Vaya, la pasión no decrece con los años! –dijo Cole con una carcajada–. ¿Así que terroncito de azúcar?

–¡Como se lo digas a alguien… –dijo Jack.

–¡Vaya! La pobre Elise se ha quedado dormida. Creo que es hora de que Cole se la lleve a la cama.

Al oír la palabra cama, se despertó sobresaltada.

–Sí, ya es hora –dijo Cole.

–Cole … –dijo ella.

Se imaginó la cama de matrimonio que tendrían que compartir. Pero, ¿no le había dicho que no habría sexo?

¿En qué se había metido? En cuanto los invitados se fueran, le recordaría cuál había sido el trato.

–Bueno, vámonos –dijo Mary Ann.

Cole agarró a la pequeña Haley en brazos.

–Tranquila, cariño. Es hora de dormir.

Haley se frotó los ojos. Posó una de sus manos sobre el musculoso brazo de su padre. En comparación, aquel brazo parecía muy grande y muy fuerte.

Algún día, ella tendría a su bebé en brazos así también. Se tocó el abdomen. Su hijo tendría un padre, alguien en quien confiar, lo que ella nunca había tenido.

–¿Puede dormir Elise conmigo? –preguntó la niña.

–No, cariño –dijo Cole en un tono tranquilizador que no hizo

sino alterar aún mas a Elise.

–¿Por qué no te vienes a casa con nosotros? –dijo Mary Ann–. Nos encantaría que durmieras en casa.

Haley se agarró con más fuerza a su padre y hundió la cabeza en su pecho.

–Está bien aquí –dijo Elise, aterrada ante la idea de tener que enfrentarse a solas con Cole en una noche como aquella.

–De verdad que no nos importa –insistió Mary Ann y le guiñó el ojo–. Supongo que querréis estar solos. Quizás queráis pasaros la noche elaborando un nuevo Dalton.

–¡No! –gritó Elise.

Todos los ojos se fijaron en ella.

–Quiero decir…

–Quiere decir que esa es una posibilidad –respondió Cole.

–Cole… –había un brillo peculiar en sus ojos. ¿Estaba bromeando o era real lo que estaba diciendo?

–Pero es mejor que Haley duerma en su cama. Los niños necesitan sus rutinas.

Elise asintió y le acarició la cabeza a la pequeña.

–Ha pasado por demasiados cambios y, realmente, hemos pasado demasiado poco tiempo juntos los tres.

–Pero deberíais tener una luna de miel –añadió Jack.

–La tendremos –dijo él, mientras miraba a Elise–. Dentro de seis meses.

Elise se tensó.

–Sí, pensábamos en unas vacaciones familiares a Disneyland o algo así.

Haley abrió los ojos.

–¡Yo también quiero ir!

–Por supuesto, cariño –le aseguró Cole–. Pero no esta noche.

Haley volvió a apoyar la cabeza sobre su hombro.

–¿Dónde vas a dormir, Elise? –preguntó la niña.

Mary Ann miró a su marido y luego a la niña.

–Elise y tu papi están casados, así que compartirán la misma habitación. Eso es lo que hace la gente casada.

–¿Cómo si fueran mis padres?

–Claro –dijo Cole–. Elise es tu nueva madre. Va a vivir aquí a partir de ahora.

–¿Y si tengo malos sueños puedo irme a vuestra cama?

Cole miró a Elise, confuso ante semejantes preguntas.

–Claro, cariño –respondió Cole al fin–. Cuando quieras.

Cole no había pensado con suficiente calma todos los aspectos

de aquel extraño matrimonio. Por ejemplo, no se le había ocurrido solventar a priori el tema de la cama, dónde debería dormir cada uno.

Miró a la puerta cerrada de su habitación. ¿Qué debía hacer?

Había llevado allí el equipaje de Elise y, por supuesto, en cuanto sus amigos se habían marchado, había subido y había cerrado la puerta. No podía culparla por ello.

Pero aquella era su habitación. ¿Qué se suponía que debía de hacer ahora?

Su hija solía levantarse todas las noches, y no podía encontrarse a su papá durmiendo en el sofá o en otra habitación. Eso sería como decir claramente que no era un matrimonio real y ella se había comprometido a hacer que lo pareciera.

Por fin, se decidió a llamar a la puerta.

Esperó.

Elise no respondía.

Frunció el ceño y volvió a llamar. Miró a la rendija inferior de la puerta. Había luz. No debía de estar dormida.

–Elise –susurró–. Tenemos que hablar.

La puerta se abrió ligeramente.

–¿De qué?

–Esta es mi habitación.

Hubo una larga pausa después de aquella afirmación. Por fin, ella se decidió a abrir la puerta. Llevaba una camiseta que le cubría parte del muslo, pero dejaba al descubierto sus largas piernas bien contorneadas. ¿Cómo no iba a desearla si la veía así?

Si había algún lugar al que llamar infierno, estaba precisamente allí.

Se cruzó de brazos en un gesto defensivo.

–Yo no te he pedido quedarme aquí. Pero que no se te olvide que tenemos un trato…

–Lo sé, lo sé –¡lo sabía demasiado bien!–. Pero Haley piensa que dormimos en la misma habitación como si fuéramos sus padres. Tú también me hiciste una promesa. Me aseguraste que haríamos que este matrimonio pareciera real.

Elise lo miró con desconfianza y abrió la puerta.

–De acuerdo. Pero que te quede una cosa clara: no voy a tener sexo contigo. Así que quédate en tu lado de la cama. ¿Entendido? He estudiado kárate.

Él sonrió. Era todo un carácter y él siempre había admirado eso en una mujer.

Se aproximó tanto a ella que sus bocas quedaron a unos milímetros la una de la otra.

Podría haberle besado, pero no lo hizo. Solo la interrogó.

–¿Dónde aprendiste a besar como lo haces? ¿También tomaste clases para eso?

Elise no respondió. No sabía cómo. Su proximidad le anulaba toda capacidad de pensar.

Perturbada por su propia incongruencia de sentimientos, se dio media vuelta.

–¿En qué parte de la cama duermes?

–Dormía solo, ¿recuerdas? Duermo en toda la cama.

Elise tragó saliva. Tal vez dormía desnudo.

–Bueno, pues… elige un lado.

Él asintió.

–Las damas primero –dijo.

Elise se tumbó, se tapó con las sábanas hasta la nariz y se quedó en silencio, escuchando cada movimiento de él.

La luz se apagó y Elise experimentó una espantosa sensación de terror.

Se mezclaba el miedo con la imagen perturbadora de su torso desnudo.

De un momento a otro, el peso de aquel cuerpo hundiría el otro lado de la cama. ¿Se atrevería a tocarla? Una parte de ella rogaba que no, la otra que sí.

Trató de centrar su mente en recordar algunos golpes que había aprendido en defensa personal.

Pero pasaron los minutos y nada ocurría.

Por fin, Elise levantó la cabeza.

Bajo la luz rayada de las persianas pudo descubrir un torso desnudo. Se había acostado en el suelo.

El alivio inicial se convirtió en decepción y en rabia. Sin duda, las hormonas le estaban jugando una mala pasada.

¡Claro que no quería que durmiera con ella en la misma cama!

Pero, de pronto, recordó aquel comentario que le había hecho hacía un momento, sobre si había tomado clases para aprender a besar. ¿Qué había querido decir? ¿Acaso había sido irónico?

Bueno y a ella, ¿qué le importaba?

Pasaron los minutos y no pudo más.

–Cole, ¿qué se supone que querías decir? –preguntó ella–. Eso de si he tomado clases para aprender a besar.

–Nada.

La respuesta la irritó aún más. ¿Cómo podía estar allí, plácidamente tumbado en el suelo, cuando el beso que él le había dado todavía ardía en su memoria? No era tan tonta como para creerse que no sabía besar. Sabía cuándo un hombre estaba excitado. Después de todo, estaba embarazada y eso necesitaba de dos para conseguirlo.

Aquello despertó nuevas dudas en ella. Quizás su problema era que no resultaba sexy a los hombres. Quizás, después de todo, no sabía besar.

Se sentó en la cama.

–Cole –dijo–. ¿Lo hice tan mal?

–¿El qué? –dijo Cole con voz adormilada.

Ella se sintió aún más furiosa. Esperaba cualquier cosa, pero no que estuviera dormido cuando ella se hallaba en mitad de tanta confusión.

–Cuando me besaste.

–No. Lo hiciste muy bien –respondió él–. Pero no se te olvide que tú también me besaste a mí.

El tono sugerente de su voz despertó su piel y se estremeció.

Después de aquello, si que no iba a poder dormir.

Capítulo 5

COLE levantó la bala de paja y le pareció granito.

Nunca en su vida había estado tan cansado, ni siquiera cuando Haley era una recién nacida y había que atenderla cada tres horas.

Haley no había tenido ni una sola pesadilla en toda la semana, desde que Elise vivía con ellos.

Pero, mientra Haley y Elise dormían plácidamente, el pasaba noches de infierno en el frío y duro suelo.

Y la pregunta era a qué esperaba allí. ¿A que lo invitara a meterse en su propia cama? Eso no sucedería nunca, así que esperaba en vano.

Sin embargo, había otra realidad bajo todo aquello. En el fondo, esperaba el día en que Elise hiciera la maleta y se marchara. Si recapacitaba sobre ello, no tenía motivos para abandonarlo: tenía una buena cama, comida y una casa confortable. Claro que eso mismo tenía Paula y se marchó.

Elise estaba embarazada. ¿Dónde podía ir? No lo sabía. Pero la sola idea de que pudiera suceder le daba miedo.

–¿Cole?

Se volvió sobresaltado, como si lo hubiera cazado in fraganti en mitad de un pensamiento prohibido.

Además, tenía otro problema, aquellos sueños constantes que tenía por la noche, sueños eróticos que lo intranquilizaban.

–Estoy aquí –le dijo.

Elise entró temerosa. Llevaba una falda larga y vaporosa, con un chaleco vaquero que hacía que sus pechos parecieran más grandes y turgentes.

–Hace mucho calor. Pensé que tal vez querrías algo de beber –dijo ella y le tendió un gélido vaso de agua.

Sorprendido por el gesto, casi se tropieza al ir hacia ella.

Paula nunca habría hecho nada así, nunca se habría preocupado de si tenía o no tenía sed.

–Gracias –dijo él, mientras agarraba el vaso.

–De nada –bajó la mirada–. Me gustaría ayudar. No quiero ser una carga nada más.

–No lo eres. Me ayudas con Haley.

–Me gusta hacerlo. Además, estando juntas llegaremos a conocernos antes –dijo ella–. ¿Qué estás haciendo?

Elise estaba allí de pie, como una imponente modelo mirándolo desde la puerta.

Cole se sintió culpable. No podía evitar desearla. Pero, después de todo, él le había prometido que no la tocaría, pero no que no la desearía.

–Creía que la paja servía para dar de comer a los caballos, no para que durmieran en ella.

–Sirve para las dos cosas –respondió él.

–¿Y qué haces ahora?

–Remuevo la paja.

Ella sonrió y su sonrisa lo tomó por sorpresa. Cole se enfureció consigo mismo. ¿Por qué le afectaba de ese modo?

–Y, ¿cada cuánto haces eso?

–Todos los días.

–¿Tan a menudo?

–Sí –respondió él, sin poder evitar un tono impaciente.

La sonrisa que había en la cara de Elise se desvaneció.

Cole se sintió culpable.

Maldición. Ella se había molestado en llevarle agua y él se comportaba como un necio impaciente.

La agarró de la mano.

–Lo siento, Elise –le dijo–. Es que no estoy acostumbrado a tener gente a mi alrededor.

¿Por qué la había tocado? Sabía que no debía tocarla.

–No sabía todo lo que había que hacer en un rancho. ¿Puedo ayudar?

–No estás vestida apropiadamente.

–Si me pusiera unos vaqueros, ¿me dejarías?

–No.

–¿Porque soy una mujer?

–No –no la dejaría porque no quería tenerla cerca más tiempo del imprescindible.

–Estás seguro de que no es esa la razón.

Él frunció el ceño.

–Sí.

Elise se puso la mano en la cadera.

–Si es porque estoy embarazada, quiero que sepas que no hay motivo. Me viene bien hacer ejercicio.

–Yo me encargo del rancho y tú de la casa.

–Está tan limpia que podríamos comer en el suelo. Me aburro.

Aquel comentario fue como un jarro de agua fría para él. Estaba aburrida, como Paula, que había sido capaz de abandonar a su marido y a su hija.

–Necesito hacer algo. Quiero ayudar.

–¿Por qué?

–Sencillamente, porque soy así. No soy capaz de sentarme a ver pasar las horas.

Era comprensible. Cole no podía culparla por eso.

–¿Por qué no intentas hacer la cena?

–¿Hacer la cena? ¿Te fiarías de mí?

Cole se rio.

–No creo que pueda ser peor que nada de lo que cocino yo.

Ella también se rio.

–No lo sé. Pero voy a intentarlo. Sin embargo, eso no soluciona el problema por completo. ¿Qué hago hasta la hora de la cena? –se encogió de hombros–. Si no te importa, tal vez pueda ordenar tus herramientas. Está todo echo un desastre.

–De acuerdo –valía cualquier cosa que no implicara tenerla al lado todo el día.

Poco después reapareció.

–Ya está todo en su sitio.

–¿Y si no encuentro algo?

–Me lo preguntas y ya está. ¿Qué más puedo hacer?

Cole no sabía qué había en aquella mujer que realmente lo embrujaba. Había una predisposición natural a querer ayudar, un amor natural hacia su hijo aún no nacido. Paula jamás se habría casado solo para proteger a su bebé. Realmente, nunca había conocido a nadie como a Elise.

Pero, lejos de ser una ventaja, era un inconveniente, pues se sentía incapaz de estar tranquilo con ella cerca. Ansiaba su presencia y le molestaba preocuparse por ella. Porque se había prometido no volver a enamorarse jamás.

Seguro que aquella situación llegaría a cambiar.

Era normal que Cole se sintiera extraño con una mujer en su vida, en su casa y que lo echaba de su propia cama.

Su propio nerviosismo era comprensible, especialmente cuando tenían que compartir la misma habitación y él dormía a solo unos metros de ella.

Durante una semana lo había visto caer completamente agotado en el pequeño rincón improvisado de la cama y durante toda la semana había tenido tentaciones de querer invitarlo a subirse a la cama. Pero había temido que lo hubiera interpretado como otro tipo de invitación. Al final, todas las noches acababa por darse media vuelta y dormirse.

Seguro que con el tiempo lograría calmarse y sus dudas se desvanecerían.

Todavía tenía dudas sobre si podría encajar en aquella familia. No sabía si acabaría dejándola en la basura tal y como Rusty había hecho.

Necesitaba algún tipo de seguridad en su vida y pensaba que, de algún modo, una licencia de matrimonio se la podría dar.

La frialdad que mostraba Cole la desconcertaba, y hacía que se preguntara si ya se estaba arrepintiendo de haberse casado con ella.

No encontraba la respuesta, de modo que se dedicaba a limpiar y a hacer de taxista para Haley.

Elise no tenía ni idea de cómo se debía tratar a un marido, ni de cómo usar una cacerola. ¿Por qué se había prestado a cocinar, entonces?

Seguro que armaba un caos.

Agarró el huevo y lo partió sobre el plato, pero la cáscara se despedazó y algunos trozos cayeron dentro.

Mientras batía el huevo se imaginó a Cole comiéndose la comida y encontrándose un trozo de cáscara.

Llegó a la conclusión de que tenía que dejar de pensar obsesivamente en él, borrar aquellas sensuales imágenes que la asaltaban, de él trabajando duro, con el torso desnudo y sudoroso. Cada vez que pensaba en algo así, sentía como si tuviera fiebre. Y cada vez que la rozaba, por muy leve que fuera el tacto, se estremecía y se emocionaba.

No tenía control alguno sobre el modo en que su cuerpo respondía Cole. No volvería a pensar en el beso que le había dado el día de su boda.

–¿Qué tal vas? –preguntó Cole, mientras entraba por la puerta trasera con su Stetson en la mano. Llevaba las botas y la camisa sucia.

Al menos llevaba una camisa, lo que evitaba que expusiera su torso dorado y tentador. Elise recordó el modo en que se lo había encontrado el primer día que había llegado al rancho.

–La cena estará lista en una hora.

Se detuvo junto a ella y no pudo evitar apreciar su olor, mezclado con el aroma a piel y campo.

–¿Qué hay de cenar?

–Pastel de carne –dijo ella.

–¡Qué bueno! –dijo–. Es mi comida favorita.

Elise respiró aliviada. O casi, porque se había pasado un buen rato buscando una receta y no había encontrado ninguna. Al final, se había decidido a hacer un pastel de carne. Después de todo, ¿qué había en un pastel de carne? Pues un montón de ingredientes juntos.

Cole pasó junto a ella y le puso la mano sobre la cintura. Sin

querer le rozó la espalda con el pecho. La cocina era pequeña, pero en aquel momento lo pareció mucho más.

–Me voy a dar una ducha –dijo él–. Haley, pon la mesa.

–Sí, papá.

Minutos después, Haley estaba en la cocina.

–¿Puedo mezclar los ingredientes?

–¿Cómo?

–Papá siempre me deja que los mezcle.

–Bien, de acuerdo. Pero, primero, lávate las manos –la niña puso una silla y se subió al fregadero.

–Me gusta cocinar, ¿y a ti? –preguntó la pequeña.

–Yo… –no sabía que responder. Nunca había tenido ocasión de cocinar. En el orfanato la comida se la daban hecha y, después de aquello, solo había aprendido a hacer sándwiches–. Me gusta cocinar contigo.

Haley sonrió.

–A mí también.

–¿Qué es lo que más te gusta hacer?

–Galletas de chocolate.

–Bien, tendremos que hacer galletas de chocolate un día.

Haley la miró de reojo.

–Me gusta comerme la masa –le confesó.

Elise le acarició el pelo.

–A mí también.

Haley se subió las mangas.

–¿Qué cosas te gusta hacer?

–No lo sé. Verás, nunca he tenido la oportunidad de cocinar.

Haley la miró extrañada.

–¿Por qué?

¿Cómo debía responder a eso? Nunca hablaba de su infancia. Optó por decir la verdad.

–Porque vivía en un orfanato. No tenía una madre y un padre que me cuidaran.

–¿Eso te ponía triste?

Elise agarró una toalla.

–A veces.

–Yo también solía estar triste –dijo Haley–. Porque mamá se marchó. Pero yo recé mucho para conseguir una nueva mamá que nos quisiera. Y Dios nos la ha enviado.

Elise no pudo evitar las lágrimas. Ella había rezado durante mucho tiempo para tener una familia, hasta que se había cansado. Pero, quizás, al fin una niña solitaria había conseguido aquello para las dos.

Haley se abrazó a Elise.

–No tienes por qué estar triste ya –le dijo la pequeña.

Elise se limpió las lágrimas.

–Vamos a mezclar todo esto o no vamos a tener la cena hecha nunca.

La pequeña metió la mano.

–¿No le vas a poner cebolla? Papá siempre se la pone.

–Sí, claro, cebolla –¿cómo no había pensado en poner cebolla–. ¿Y pone mucha?

–Sí, mucha. Mi madre siempre decía que olía fatal.

Elise tenía muchas preguntas sobre la madre de Haley, pero no se las podía hacer a ella.

Quizás algún día tendría la suficiente confianza con Cole como para preguntarle qué había sucedido con su primer matrimonio.

Cuando la carne ya estaba preparada y las verduras estaban en la mesa, Haley llamó a su padre. Se sentaron a la mesa en los nuevos sitios designados, con Cole en un extremo y Elise enfrente de Haley.

Las miradas de Cole y Elise se cruzaron y esta se ruborizó.

Pero Elise se sentía feliz. Aquella era su familia y pronto habría alguien más con ellos.

Cole agarró el cuchillo y se dispuso a servir.

–¿Cuánta carne quieres? –le preguntó Cole a Haley.

Elise estaba emocionada. Aquella era la primera comida que hacía para su nueva familia.

–Bastante –respondió la niña–. Tengo mucha hambre.

Al cortar el trozo, se rompió en muchos trocitos.

–Oh, no –dijo ella.

–No te preocupes, no importa el aspecto, sino el sabor.

–Eso –dijo Haley–. Todo parece igual una vez que lo has masticado y te lo has tragado.

Cole la miró de un modo comprensivo que hizo que el estómago se le encogiera.

–No tenía la receta –dijo ella.

–No hay recetas para hacer pastel de carne. Se puede echar cualquier cosa –lo miró detenidamente–. ¿Qué le has echado?

–¿Estás preocupado?

–No. Es para poder repetirlo igual.

–Yo te lo puedo decir, porque la he ayudado.

–De verdad que sí –le aseguró Elise.

–Supongo que estará riquísimo –dijo Cole y se metió un trozo de carne en la boca.

Elise esperó ansiosa a su reacción.

Él comenzó a masticar con entusiasmo, pero poco a poco fue bajando el ritmo. Sus ojos se llenaron de lágrima. Antes de que

dijera nada, Elise le dio un vaso de agua. Se la bebió de golpe.

–¿Está bueno? –preguntó Haley.

Él asintió, incapaz de hablar.

Elise trató de ocultar su decepción. Cole le puso la mano sobre el brazo.

Ella lo miró.

–¿Hay demasiada salsa de Tabasco?

–No, está bien –mintió él y se bebió otro vaso de agua.

Elise no lo pudo evitar y se puso a llorar.

Se levantó.

–Perdonadme, he olvidado algo.

–¿Qué le pasa a Elise, papá? –le preguntó Haley.

–Nada, cariño –dijo él–. Enseguida vuelvo. ¿Por qué no te preparas un sándwich de queso?

–¿No te ha gustado el pastel de carne?

–Sí, claro que sí. Pero está un poco fuerte para ti.

Cole subió a la habitación y llamó a la puerta. Elise estaba sentada al borde de la cama y se apretaba el vientre.

–¿Estás bien? –le preguntó.

Ella asintió.

–No estaba tan malo, de verdad.

–No tienes por qué hacerte el bueno conmigo.

Se sentó junto a ella y la abrazó para consolarla.

–Mira, no era fantástico, es verdad, pero yo no me he casado contigo porque fueras una extraordinaria cocinera.

Elise levantó los ojos.

–¿Por qué te has casado conmigo en realidad? Quiero decir que, quizás, podrías haber encontrado a alguien mejor.

–Yo creo que no. Yo necesitaba una esposa y una madre.

–Pero, ¿cómo puedo ser una esposa y una madre si ni siquiera sé cocinar?

–No me has dejado terminar. Eres fantástica con Haley, has conseguido que te quiera de inmediato. Hay muchas buenas madres que no saben cocinar. Eso se aprende, pero a ser una buena madre no. Y tú eres la mejor.

–¿Lo soy?

Le acarició las mejillas y le quitó las lágrimas de los ojos.

–No quiero que te arrepientas de haberte casado conmigo.

¿Arrepentirse? ¿Cómo iba a arrepentirse? De lo único que podía arrepentirse era de haber hecho una promesa tan difícil de cumplir.

–No me arrepiento, Elise.

Y, en aquel momento, tuvo que admitir que le importaba demasiado Elise.

–¿Echas de menos trabajar en la cafetería de Chuck? –le preguntó Cole. Llevaba una semana queriendo saber eso, desde que le había dicho que se aburría.

Elise lo miró sorprendida.

–¿Echar de menos tener que atender a un montón de granjeros ruidosos, que dejan malas propinas y manchan el suelo de grasa? ¡No!

Cole observó su reacción y le hizo gracia. No podía evitar sentirse atraído por aquella mujer.

Durante las dos semanas que llevaban casados había aprendido a ocupar su tiempo en cosas útiles, con determinación y energía. Y él había aprendido a no acercarse demasiado a ella.

–Es hora de que te vayas a la cama, Haley –dijo Cole.

–¡No, papi! –comenzó la lucha de cada noche.

–Vamos, Haley, ya es hora de dormir –dijo Elise–. Mira, subiré dentro de cinco minutos para meterte en la cama y contarte una historia.

–¿Tú también subirás, papá?

–No me perdería eso por nada del mundo.

–Entonces subo corriendo –Haley abrazó a Elise y ella le devolvió el abrazo.

Cole observó la escena y el corazón se le encogió. Definitivamente, había elegido bien. No importaba lo difícil que fuera aquella situación.

–¡Lávate los dientes! –le gritó el padre a la niña.

Elise se rio y colocó sobre la mesa las cosas del colegio de la pequeña.

–¿Por qué me preguntabas lo de trabajar con Chuck?

Cole se pasó la mano por el pelo. ¿Cómo podía explicarle su preocupación de que se aburriera, de que le sucediera lo mismo que a Paula?

–No lo sé. Me pareció que estabas trabajando demasiado. Pareces cansada.

–Lo estoy –dijo ella y se estiró, haciendo que su camisa se apretara contra sus pechos turgentes–. Ha sido un día muy largo. Pero es normal sentirse cansada cuando se está embarazada.

–¿Sí?

–Sí. Quieres dormir todo el tiempo –dijo con una sonrisa y ese brillo que resplandecía en ella cuando hablaba del embarazo–. Pero la verdad es que he tenido mucha suerte, porque me mareo muy pocas veces y solo si hace mucho que no he comido. Nunca me han dado realmente vómitos matutinos.

–La madre de Haley lo pasó muy mal.

–Vaya –Elise se sentó frente a él–. ¿Se puso muy enferma?

–No mucho. Sencillamente, no le gustaba estar embarazada.

Elise se quedó pensativa.

–No puedo imaginarme lo que es sentir eso. Pero sé que ocurre. He oído muchas historias. No sé por qué la gente así se empeña en tener hijos –sonrió–. Es curioso pero siempre te cuentan historias horrorosas en cuanto se enteran de que estás embarazada.

Cole se rio.

–Te prometo que yo no lo haré.

Ella asintió.

–¿Cuándo crees que deberíamos decirle a Haley lo del bebé?

Cole se tocó la barbilla.

–He estado pensando en eso –le miró el vientre–. Todavía no se te nota.

Ella se estiró y extendió los dedos sobre su abdomen.

–¿Tú crees que no? Yo tengo la sensación de que ya estoy enorme. Quizás es porque estoy ansiosa por ponerme un vestido de premamá.

Cole se tensó. Se acordó de Paula. ¿Cuántas veces se había quejado de que no había tiendas en el pueblo? Ansiaba las grandes ciudades, en las que podía encontrar todo tipo de cosas.

–¿Quieres ir a Amarillo?

–No. Estoy segura de que lo que necesite lo podré encontrar aquí. Pero estoy ansiosa porque se me note que estoy embarazada.

Cole se sorprendió de ambas respuestas.

–Entonces será mejor que se lo digamos a Haley cuanto antes.

Cole sabía que todo el mundo se daría cuenta de que ella estaba embarazada antes del matrimonio, pero esperaba que el escándalo no fuera excesivo.

Chuck ya le había preguntado en alguna ocasión si su mujer estaba bien, pues había tenido que ir al médico de vez en cuando.

Muy pronto los rumores empezarían a extenderse.

–¿Por qué no esperamos un par de semanas? –sugirió él, tratando de posponer lo inevitable. No estaba seguro de cómo se iba a tomar Haley las noticias. Una cosa era una nueva mamá y otra muy diferente un nuevo miembro en la familia.

Algo le decía que debía esperar.

–Si eso es lo que tú prefieres, esperaremos –dijo ella.

–¡Ya estoy en la cama! –gritó la pequeña desde su habitación.

–Vamos arriba.

–Después me toca a mí. Estoy agotada.

Cole se tensó y reprimió un gemido. Le tocaba sufrir otra noche sin dormir, con ella en la misma habitación, tan lejos y tan cerca.

Capítulo 6

PAPÁ!

Un grito desgarrador se oyó en mitad de la noche. El corazón se le encogió y se volvió hacia la puerta, justo en el momento en que esta se abría.

–Halley –se levantó rápidamente–. ¿Estás bien?

–¿Qué pasa? –preguntó Elise.

Haley estaba en la puerta, con su camisón largo hasta los pies y el pelo revuelto. Se frotaba los ojos.

–He tenido una pesadilla.

Cole se tranquilizó al darse cuenta de que su hija estaba bien, que había sido solo un susto. Se dirigió hacia ella y, de pronto, se dio cuenta: los había pillado. Él estaba durmiendo en el suelo y Elise en la cama. ¿Se habría dado cuenta de que así no era como dormían los matrimonios? Se le puso un nudo en la garganta.

Elise se levantó de la cama y se dirigió hacia Haley. La agarró y la sentó al borde de la cama.

–He soñado que nos dejabas –le dijo la niña.

Cole también había tenido ese sueño. Pero Elise parecía contenta. Le gustaba el rancho, ellos, su nueva vida.

–¡Cariño! –dijo Elise–. Estoy aquí. No me voy a ninguna parte. ¿Quieres dormir conmigo? Quiero decir… ¿quieres dormir con papá y conmigo?

Haley asintió.

Elise puso a la niña en mitad de la cama y miró a Cole.

–Tranquilízate –le dijo a la pequeña, mientras dejaban sitio para Cole al otro lado de la cama–. Ahora todos a dormir.

Cole se metió en la cama, aun sabiendo que aquello era un error y se preguntó cómo iba a sobrevivir durmiendo con Elise tan cerca sin poder tocarla.

Cole se quedó mirando al vacío, mientras el corazón le latía impaciente. Elise estaba junto a él, durmiendo tranquilamente. Y la deseaba, habría deseado poder estrecharla entre sus brazos. Pero había hecho una estúpida promesa.

–Ya no vas a volver a dormir en el suelo –había dicho ella hacía una semana–. No podemos arriesgarnos. Si Haley se da cuenta no se

va a creer que este es un matrimonio real.

–Pero no se ha dado cuenta.

–Esta vez.

–Puedo poner un cerrojo en la puerta.

–¿Cerrarle la puerta a tu hija?

Cole respiró resignado.

–No te preocupes –dijo ella con una sonrisa encantadora–. Confío plenamente en que cumplirás tu promesa.

¿Cómo iba a sobrevivir a todo aquello?

Elise se sentía como envuelta en una cálida y reconfortante nube de algodón. Estaba soñando que se hallaba en brazos de su príncipe azul y se sentía a salvo. Respiró profundamente y el aroma masculino la embriagó.

Sentía su mano explorándola de arriba abajo, su espalda, sus senos. Sus labios cálidos la seducían, la provocaban. Pero sabía que, en el momento en que abriera los ojos, el sueño se habría desvanecido una vez más.

–¡Elise! –dijo una voz ronca, profunda y seductora.

Abrió los ojos.

–¡Cole!

Él también abrió los ojos y se encontró una mirada acusadora que no comprendía.

–¿Qué? –se dio cuenta de que la tenía entre sus brazos y se apartó como si abrasara–. ¡Lo siento! ¡Maldita sea! Yo… ¡Ha sido un error!

Se levantó a toda prisa de la cama y se puso los vaqueros.

–¡Ya sé que te hice una promesa, Elise, pero…! –se pasó los dedos por el pelo–. No volverá a pasar.

Salió de la habitación y se dirigió a los establos.

Elise se tumbó y trató de calmarse.

¿Es que, acaso, Cole era su príncipe azul?

No podía más. Tenía que solucionar aquello, y solo había una forma de hacerlo. La cercanía de Elise le estaba provocando un estado de necesidad que tenía que apaciguar, o acabaría volviéndose loco.

Se dirigió hacia la casa, entró y cerró la puerta de golpe.

Elise asomó la cabeza por la puerta de la cocina.

–¿Pasa algo?

Cole frunció el ceño.

–Sí.. No… Quiero decir…

Elise inclinó la cabeza y lo estudió con detenimiento.

¿Cómo podía explicárselo?

Necesitaba alejarse de ella antes de terminar volviéndose loco del todo, antes de romper la promesa.

–¿Qué pasa? –preguntó ella Parecía asustada–. ¿Haley está bien?

–Sí, perfectamente. Se está columpiando fuera.

–Entonces, ¿qué pasa?

Comenzó a moverse de un lado a otro, como una fiera enjaulada. Solo el olor a ella era suficiente para alterarlo.

Por fin, se decidió a hablar.

–Me voy a la ciudad esta noche.

–Ya…

–Yo, bueno… tengo algo que hacer allí.

–¿Puedo ayudar? –preguntó ella.

Cole se tragó su sentimiento de culpa.

–No… Estoy bien, gracias.

–¿Vendrás a cenar?

Cole simplemente negó con la cabeza.

Se hizo un silencio tenso en la cocina.

Después de todo, muchos hombres casados salían a divertirse una noche. Pero el problema era que lo que realmente deseaba lo tenía allí, su esposa.

El timbre del horno sonó. Al abrir la puerta, aparecieron las galletas de chocolate.

–Son las favoritas de Haley –dijo él.

–Lo sé –respondió ella–. Por eso se las he hecho. Pensé que, tal vez, querría llevarlas al colegio el lunes, puesto que es la última semana de colegio antes de las vacaciones de verano.

Ninguna otra mujer habría hecho eso por su hija. Por eso era por lo que la quería. Bueno, también porque era muy hermosa. Sin embargo, eran aquellas pequeñas cosas las que lo conquistaban. Por eso era tan peligrosa la situación.

Realmente conmovido por el gesto de Elise hacia Haley, se sintió aún más culpable. Era realmente egoísta. Lo que sucedía no era culpa de ella. Así que no tenía por qué castigarla, ni a ella ni a Haley.

–No te preocupes, nos las arreglaremos solas –dijo Elise, mientras metía otra bandeja de galletas en el horno–. No te preocupes.

Cole se dijo a sí mismo que era un idiota. En realidad, lo que quería, era disfrutar de su compañía.

–Vamos los tres –dijo de repente.

–¿Los tres? Pero, ¿no te ibas solo?

–He cambiado de opinión.

–¿Vamos a salir a cenar? –a Elise se le iluminó la mirada y sus ojos atizaron con fuerza su fuego interior.

Lo que le faltaba era una velada romántica a la luz de las velas. Ni hablar.

–Hay bingo en la iglesia.

–¿Estás bien? –le preguntó Cole, mientras subían al coche.

Iba con sus vaqueros de siempre y su sombrero de siempre, pero estaba tan sexy como James Dean.

Haley se sentó entre los dos.

Elise estaba nerviosa. Se sentía como un maniquí a punto de ser expuesto en un escaparate. No estaba segura de lo que había que ponerse para ir al bingo un sábado por la noche. Nunca había hecho nada así.

Le habría gustado haberse puesto una minifalda o unos vaqueros ajustados. Pero solo le cabía aquella falda que llevaba.

–Estoy bien.

Se repitió a sí misma varias veces que estaba bien, que estaba bien, que no necesitaba que hubiera amor para que aquel matrimonio funcionara. Tenía una casa, comida y lo más parecido a una familia.¿Qué más podía pedir?

–¿Estás nerviosa? –le preguntó él mientras aceleraba.

–Sí, la verdad es que sí –le confesó ella.

–¿Por qué?

–No conozco a nadie –dijo Elise, tratando de simplificar el complicado compendio de emociones que había dentro de ella.

Haley le puso la mano en el brazo.

–No te preocupes. Yo estaré allí y también la tía Mary Ann y el tío Jack.

Cole asintió.

–Sí, seguramente, también irán –miró a Elise–. No te preocupes. Le vas a gustar a todo el mundo.

–¿No piensas que todas las mujeres se van a poner furiosas?

Cole se rio.

–¿Por qué?

Elise se encogió de hombros, avergonzada por el espontáneo comentario que acababa de hacer.

–Porque les he robado a un soltero muy apetecible. Seguro que hay muchas mujeres que te tenían en su lista.

Cole siguió riéndose.

–No lo creo. No soy precisamente un buen partido.

Ella sabía que no era verdad. Un hombre guapo, considerado y excelente padre. ¿Qué más podía querer una mujer?

El corazón se le contrajo, porque sabía la respuesta: amor. Pero no quería enfrentarse a eso.

–¿Tenéis hambre? –preguntó Cole.

Elise negó con la cabeza, pero Haley no compartía su opinión.

–¡Yo sí! –dijo la niña con una carcajada–. Hay palomitas, hamburguesas y perritos calientes en la iglesia. ¿Puedo tomarme un refresco?

–De acuerdo, cariño, todo lo que tú quieras –dijo él.

Elise pensó que para ella era una pena no poder tener todo lo que quería. Porque lo que ella quería no era más que un sueño.

Entraron en la recepción de la iglesia agarrados de la mano. Haley era el puente que los unía.

El grasiento olor a perrito caliente y a hamburguesas le revolvió el estómago a Elise.

El lugar era grande, muy grande, lo suficiente para celebrar una boda. Pero ella ya estaba casada y nunca obtendría nada más.

El juego ya había empezado cuando ellos llegaron.

Las familias estaban sentadas en mesas rectangulares. Alguien los señaló.

–Mirad, aquí están los recién casados.

Todos los ojos se volvieron hacia ellos. Elise había pasado demasiadas veces por aquel tipo de exámenes y los había fallado. ¿Qué importaba una vez más? Por desgracia, importaba.

Cole saludó a sus vecinos y llevó a su familia hasta una de las mesas.

–Voy a por unos cartones.

Elise se sintió rara. Prefería no quedarse allí sentada.

–Iré con Haley a por unos refrescos.

–De acuerdo –dijo Cole y le dio dinero–. Con esto habrá bastante.

–¿Tú que quieres? –se quitó las gafas y su mirada la estremeció.

–Cualquier cosa de beber y un par de perritos calientes –dijo.

–Vamos –Haley se agarró a Elise de la mano–. Quiero nachos con queso. ¿Tú que quieres?

Elise siguió a la pequeña y se forzó a apartar la vista de Cole. Se colocaron a la cola.

Justo delante de ellas había una mujer madura, de pelo canoso.

–Así que tú eres la que pescaste a Cole Dalton. No pensé que nunca nadie lo llevaría de nuevo hasta el altar, no después de… Bueno, da igual. Enhorabuena.

–Gracias –dijo ella confusa. Elise le tendió la mano–. Soy Elise.

–Encantada –dijo la mujer–. Yo soy Tiny Ramsey. Mi marido es

aquel que está hablando con el tuyo.

Elise miró en la dirección que la mujer señalaba. Pero su vista se fijó en Cole. Le sorprendía lo guapo que le parecía aun en la distancia.

En ese instante, él se volvió y sus miradas se encontraron. Él sonrió de un modo que hizo que se derritiera.

–Me alegro mucho de que Cole haya encontrado al fin a alguien que lo pueda hacer realmente feliz. Por el modo en que te mira, se ve que está loquito por ti.

Elise sintió calor, mucho calor, desde los pies hasta la cabeza.

¿Es que acaso Cole la sonreía a ella de un modo diferente a como sonreía a otras mujeres?

–¿Lleva mucho tiempo viviendo aquí? –le preguntó Elise a la mujer.

–Toda mi vida –respondió ella–. Nací y crecí aquí. Pero cuando me casé, Eli y yo nos fuimos a vivir al campo. Nuestra finca está cerca de la vuestra –la mujer se inclinó hacia la niña–. ¿Y tú cómo estás? ¿Qué tal con tu nueva mamá?

–Ya seremos todos felices para siempre –dijo la pequeña.

Elise sintió un pinchazo en el corazón. Quizás podría encontrar la felicidad completa si dejaba a un lado el miedo de que Cole pudiera rechazarla.

–¡Vaya, Dalton! Te has conseguido una mujer preciosa –dijo Eli Ramsey.

–Gracias –respondió Cole, y vio a Elise agarrada de la mano de Haley.

Se le puso un nudo en la garganta. No necesitaba que le recordaran continuamente lo guapa que era su mujer. Ya le gustaba demasiado sin que nadie dejara constancia.

Sí, era mucho más guapa de lo que él se merecía. Y, además, era una extraordinaria madre para su hija. ¿No era eso lo que él quería? Entonces, ¿cuál era el problema?

–¿No trabajaba con Chuck? –preguntó Eli, mientras estudiaba el cigarro que tenía entre los dedos.

Cole asintió y agarró un cartón de juego para su nueva familia. Durante un momento, recordó otro lugar, otra familia. Se acordó de su esposa, de cómo había vivido aquel juego de los sábados en la iglesia como algo trivial y aburrido. Nunca le había gustado Desert Spring.

Pero Cole adoraba aquella pequeña ciudad, la gente, el rancho. Y, quizás, por eso le había pedido a Elise que fuera con él allí. Quería ponerla a prueba. Tal vez, quisiera o no admitirlo, lo único

que realmente quería era estar con ella, quería tener una excusa para tratarla como a su esposa. Aquel pensamiento lo desconcertó.

–¡No me puedo creer lo que mi mujer está haciendo! –dijo Eli–. Si no fuera porque ya estáis casados, juraría que estaba haciendo de casamentera. Bueno, tienes que traernos a tu nueva mujer a cenar muy pronto.

–Sí, claro que sí.

Cole sabía que Tiny Ramsey se estaba ganando la confianza de Elise y eso lo hacía sentir bien.

–Cuida bien a esa mujercita tuya. No querría que se la llevara ningún sinvergüenza.

–No te preocupes, no la voy a dejar escapar.

No, en aquella ocasión era suya para siempre. Pero, el único modo de mantenerla a su lado era no amándola y eso empezaba a ser realmente imposible.

Cole se dio la vuelta y se tropezó con Jack.

–¿Cómo van las cosas? –le preguntó su amigo–. ¿Quieres que algún día nos quedemos con Haley?

Cole sintió que las orejas le ardían.

–Nos las arreglamos muy bien de momento. Yo creo que Haley necesita estar con nosotros, antes de tener una verdadera…

–¿Luna de miel? –dijo Jack.

Cole asintió. La idea era perturbadora: tener un fin de semana con Elise a solas, poder hacerle el amor. Pero eso nunca ocurriría. Al menos, no de momento. Después de que el bebé llegara, tal vez las cosas cambiarían.

–¿Cómo es que estás aquí mientras tu esposa está allí, hablando con Tiny y Mary Ann? –preguntó Jack con una sonrisa de sorna.

–No puede librarse de las vecinas cotillas.

Jack se rio.

–¡No olvides la oferta!

–No la olvidaré –¿cómo iba a olvidarla? Era en lo único que podía pensar día y noche.

–¡Bingo! –dijo Haley–. ¡Mirad, papi, Elise, he hecho bingo!

Elise sonrió y le dio a la pequeña un beso en la frente.

–¡Es estupendo, cariño! –le dijo.

–Toma, nena. Vete para allí y enséñale el cartón al señor Wylie.

–¿Me darán un premio?

–Solo si está correcto.

–Seguro que sí.

El señor Wylie esperó pacientemente a que Haley llegara.

Cole se pasó a la silla de Haley. Elise se estremeció al sentir su

proximidad.

–Gracias –le dijo.

–¿Por qué?

–Porque he visto cómo la ayudabas, pero logrando que pensara que el mérito es de ella.

Elise bajó los ojos y se encogió de hombros. Las manos de Cole estaban solo a unos centímetros de las de ella. No habría sido ningún esfuerzo para ninguno de los dos tocarse. Pero, ¿se atrevía ella a dar aquel primer paso? ¿Y si la rechazaba?

No, ya se había arriesgado en otra ocasión y había perdido.

De pronto, el sonido de metal los sobresaltó.

Al alzar la mirada, vieron a Haley en el suelo. Todas las piezas se habían caído.

–¡Papá! –lloró la niña.

–¿Te has hecho daño, cariño? –se levantó rápidamente.

La niña dijo que no con la cabeza, pero continuó llorando.

–¡Se me han caído todas las fichas y ya no podrán saber si había ganado!

–Tranquila cariño, tranquila. Claro que lo pueden saber. Solo con los números del cartón saben lo que tenías. Vamos a enseñárselo al señor Wylie.

Haley se levantó llorosa. Cole le dio la tarjeta de bingo y le dio un cariñoso empujón para que siguiera su camino.

El señor Wylie sonrió.

–Veamos lo que nos traes.

El hombre examinó cuidadosamente el cartón.

–¡Tenemos una ganadora!

Haley, con los ojos aún llenos de lágrimas, se puso a saltar de alegría.

Cole acarició a su hija.

–Di gracias.

–Gracias, señor Wylie –dijo, mientras recogía una gran caja.

Mientras Cole y Elise volvían a su sitio, el señor Wylie informó a la audiencia de su recién adquirido estado.

–Por si alguien no lo sabe, estos son nuestros recién casados. Cole, ¿por qué no nos presentas a tu esposa?

Cole le puso la mano en la espalda a Elise, como para que se adelantara.

–Esta es Elise, mi mujer y la nueva madre de Haley. Me siento muy afortunado de tenerla como parte de mi familia.

Sus palabras hicieron que Elise sintiera que las lágrimas estaban a punto de escaparse de sus ojos.

¡Cómo habría ansiado que eso fuera verdad! Pero, ¿cómo podía acortar la distancia que se había creado entre ellos?

Después de aquella corta presentación, se dirigieron a sus sitios, pero Wylie los detuvo de nuevo.

–Toda la congregación ha hecho una colecta para compraros un regalo de boda. Por favor, ¿os importaría acercaros a recogerlo?

Juntos regresaron al estrado.

Elise estaba emocionada. Nunca nadie le había hecho un regalo. Bueno, en navidades todos los niños del orfanato recibían algún juguete que ya no querían otros niños. Pero nunca nadie le había comprado un regalo específicamente para ella.

El señor Wylie sacó una gran bolsa y se la dio.

Cole le hizo a Elise un gesto de que abriera el paquete. Miró dentro y sintió que un llanto espontáneo e irracional fluía de sus ojos. Dentro de una semana sería su cumpleaños, pero ya no estaría tan sola como había estado hasta entonces.

–¿Qué te ocurre? –le preguntó Cole y se aproximó a ella. Sus cuerpos entraron en contacto. Un calor poderoso se expandió por su cuerpo. Miró dentro de la bolsa–. ¡Haley! Te va a encantar esto. Muchas gracias a todo el mundo.

Dentro de la bolsa de colores había una bonita cesta de picnic con todo lo necesario.

–Pensamos que era un buen regalo para vuestra familia.

Familia, eso era lo que parecían ser. La palabra arrancó otro nuevo río de lágrimas de sus ojos.

Pero no era más que una fachada que se podía quebrar demasiado fácilmente.

–Vamos a tener un descanso de diez minutos.

Hubo un ruido de sillas y, al fondo, alguien cuya voz parecía la de Jack gritó algo.

–¡Vamos, Cole, besa a la novia, antes de que otro lo haga!

Cole no dudó. Se volvió hacia Elise, la agarró de la cintura y la besó con toda la pasión que había acumulado dentro de él.

Fue un beso rápido pero intenso y, una vez finalizado, se mantuvo con la mano sobre su cintura.

Antes de que se pudiera apartar de él, todos los que los rodeaban se acercaron a ellos para darles la enhorabuena. ¿Acaso alguien era capaz de leer a través de la fachada o realmente creían lo que estaban mostrando?

De pronto, la habitación empezó a dar vueltas. Su estómago se rebeló.

–Enseguida vuelvo –dijo y se fue corriendo al cuarto de baño. ¿Cómo podía hacer aquello, ponerse en evidencia delante de media ciudad?

Por suerte el cuarto de baño estaba vacío. Abrió el grifo y se mojó la cara. Su estómago volvió a estabilizarse y se secó con un

papel.

–¿Estás bien? –preguntó Mary Ann desde la puerta.

Elise asintió.

–Sí, me siento mejor. Supongo que me ha dado claustrofobia estar rodeada de tanta genta.

Mary Ann la observó un momento.

–Sí, a veces se exceden un poco. Pero son buena gente, solo que están muy contentos de que estéis juntos, de que Haley tenga una madre y Cole alguien que lo pueda hacer feliz.

Elise la miró interrogante.

Mary Ann continuó.

–Su primera mujer era un horror.

–¿Cómo saben que yo no lo soy? –preguntó Elise.

–No hay más que ver el modo en que miras a Cole –le colocó una toalla mojada en la frente.

Cerró los ojos consternada. Estaba claro que todo el mundo se daba cuenta de sus emociones.

Pero ella no necesitaba amor, solo necesitaba una casa. Si el amor entraba a formar parte de aquello, tenía la sensación de que volvería a quedarse sin nada.

–También por el modo en que cuidas de Haley –continuó ella–. Paula nunca se preocupó de Cole. Siempre miraba a todo el mundo por encima del hombro. Luego nació Haley…. Fue un verdadero pecado el modo en que trató a la pequeña desde el principio. Parecía que le molestaba que existiera.

–¿Por qué? –preguntó Elise, mientras se imaginaba lo que sería tener a su bebé en brazos. Ya lo amaba, aunque todavía no lo conocía.

–¿Quién sabe? Francamente, pienso que era demasiado egoísta para poder ser una buena madre. ¿Cole no te ha contado nada de esto?

Elise negó con la cabeza.

–Bueno, Cole es un caballero, no cuenta nada que pueda ser dañino de nadie. Pero Paula no se levantaba jamás por las noches, por mucho que llorara la niña. No podía permitir que su belleza se marchitara. Cole debería de haberle dado una patada en el trasero mucho antes.

–Debía de ser muy guapa –dijo Elise.

Mary Ann se encogió de hombros.

–Supongo que por fuera lo era. Pero por dentro era horrorosa. Nunca entenderé que vio en ella. Bueno, es un hombre y los hombres se dejan llevar. Confunden el deseo con el amor –dijo y le guiñó un ojo–. Pero nostras también, ¿no?

Mary Ann tiró el papel, y sacó un cepillo del bolso. Le arregló el

pelo a Elise.

–¿Te encuentras mejor?

–Sí –y no, porque, aunque la náusea había desaparecido, tenía unas horribles ganas de llorar.

Ya no podía negar lo que sentía por Cole, sentía más de lo que quería admitir. Pero ya entendía por qué mantenía la distancia.

«No busco amor. Solo quiero una esposa».

Aquellas palabras que le había dicho el primer día lo decían todo.

Cole no se permitiría volver a amar a nadie otra vez.

Y su familia, nunca sería una familia de verdad.

Capítulo 7

COLE abrió ligeramente la puerta del baño de señoras. Estaba preocupado.

Por fin, vio a Elise. Estaba sentada en un banco, con la cabeza recostada contra la pared. Estaba pálida y tenía los ojos cerrados.

Trató de encontrar una respuesta en el rostro de Mary Ann.

–¿Está mejor?

Mary Ann asintió.

–En seguida se pondrá bien.

Entró en el recinto sagrado temeroso, como una novia en su noche de bodas. Lentamente, le posó una mano en la rodilla.

Ella abrió los ojos.

–¿Cómo te encuentras?

Elise movió la cabeza de un lado a otro.

–Mejor.

–¿Ha sido…?

Elise le tocó la mano y una corriente eléctrica pasó entre ellos.

–Estoy bien –dijo ella, enfatizando la última palabra.

Rozó las palmas de la mano contra los pantalones.

–Bien.

–Será mejor que os vayáis a casa –dijo Mary Ann–. Necesita descansar. A las embarazadas les suelen suceder estas cosas.

Cole miró a Elise alarmado. Su secreto había salido a la luz. Si confirmaba lo que Mary Ann acababa de decir, las noticias se extenderían por toda la ciudad.

–Se lo has dicho a Cole, ¿verdad? –sonrió Mary Ann.

Elise sonrió ligeramente.

–Sí, él lo sabe. Pero, ¿cómo te has dado cuenta tú?

–Tengo un salón de belleza y allí se ve de todo. Bueno, está claro que no necesitabais una luna de miel, después de todo.

Sin saber qué responder, Cole le ofreció su mano a Elise.

–Vamos.

La agarró de la cintura y dejó que se apoyara en él. No sabía por qué, pero estaba ansioso de que se le empezara a notar el embarazo.

–Gracias por tu ayuda, Mary Ann.

–Elise toma mi chaqueta, te puede hacer falta.

–Mañana te la llevaré a la peluquería –dijo Cole.

Se dirigieron hacia la puerta.

–Por cierto, enhorabuena.

Cole se llevó a Elise a la furgoneta. La dejó allí y se marchó a por Haley. Pronto se encontraban ya de camino a casa.

–Si necesitas que pare, me avisas –le dijo.

Los últimos rayos del día enrojecían el cielo y se reflejaban sobre el cabello caoba de Elise.

–Estoy bien, Cole.

–¿Has vomitado? –preguntó preocupado.

No se había sentido así desde hacía años. De pronto, sintió una vez más el peso de la responsabilidad. Seguramente, se había puesto enferma por culpa suya. Había estado trabajando demasiado en el rancho. A partir de aquel momento, tendría que descansar más y comer de un modo equilibrado.

–No, solamente me he mareado.

–Deberías de ir al médico –dijo él.

–Ya he estado. Esto es normal –Elise miró a Haley–. Tú lo sabes.

Sí, claro que lo sabía y recordaba con desagrado el modo en que se habían desarrollado las cosas con Paula. Había sido un régimen de total tiranía.

Agarró bien el volante y se concentró en la carretera. Pronto llegaron a su destino.

Cole detuvo la furgoneta frente a la puerta de la casa.

–Creo que está dormida –susurró Haley.

Cole miró por encima de la cabeza de su hija y comprobó que era cierto.

–Muy bien, cariño. Yo la llevaré arriba.

Haley asintió, agarró las llaves de Cole y corrió a abrir la puerta.

Se dispuso a tomarla en brazos, pero dudó unos segundos. No estaba seguro de si debía o no tocarla. Recordaba lo poco entusiasta que era la respuesta de Paula cuando la tocaba. Pero acalló sus miedos recordando que Elise no se había apartado de él nunca.

Con mucho cuidado, agarró a Elise. Ella se removió y él se quedó inmóvil.

El contorno de su cuerpo se acoplaba a él. Era toda una mujer, con sus curvas femeninas. Su suavidad lo excitaba, su aroma sensual lo embriagaba. Ella alzó la mano y le rodeó el cuello.

Solo cuando dormía lo quería cerca, lo necesitaba a su lado. Y él también. Quizás había alguna esperanza para su futuro juntos.

Para cuando llegaron a la habitación, Haley ya estaba allí, ansiosa por saber qué ocurría.

–Prepárate para meterte en la cama y ahora voy yo.

–¿Elise está bien? –preguntó la niña asustada.

Cole se tensó.

–Sí, claro que sí. Nos encargaremos de que así sea.

Haley dejó las llaves en la mesilla.
–¿Quieres que le dé de esa medicina roja que tomo yo?
–No, cariño. Lo único que necesita es dormir.
Haley lo miró interrogante.
–¿Es que ha comido demasiado perritos calientes?
Cole se rio.
–Puede ser.
Haley asintió.
–Una vez yo comí demasiados perritos calientes en una feria.
–Ya me acuerdo. Te comiste y montón de cosas y luego te subiste a los caballitos. Pero enseguida te pusiste bien otra vez.
La niña sonrió y se dirigió a su habitación. Pero antes de entrar se detuvo y lo miró.
–¿A Elise le gusta vivir con nosotros?
El rostro de la niña mostraba dolor. Paula siempre había dejado muy claro que no le gustaba vivir allí. Pero esta vez se aseguraría de que Elise fuera feliz.
–Sí, cariño, claro que le gusta. Ahora, vete a tu habitación y a dormir.
–Buenas noches –dijo la niña y besó a su padre tiernamente.
Cuando oyó que la pequeña cerraba la puerta de su habitación, respiró profundamente.
La luna iluminaba la habitación creando sombras grisáceas. Se dirigió a la cama. De pronto, sintió que tenía las manos sudorosas.
Aquella era ridículo, ¿cómo podía sentirse así?
Pero no podía, no así, no de aquel modo.
Cuando besara a Elise otra vez habría de hacerlo de un modo especial, de un modo que ella no podría olvidar. Quería que ese beso la volviera loca.
Pero no se lo pediría, no iba a implorar algo que ella no estaba dispuesta a dar.
Dudó un momento antes de meterse en la cama.
En el instante que lo hizo Elise abrió los ojos. Tenían un brillo especial.
–Cole –susurró ella.
–Estoy aquí –le aseguró ella–. Para lo que me necesites.
Algo le decía que debía marcharse antes de que fuera demasiado tarde.
Comenzó a levantarse.
–¡Espera! –dijo ella–. Por favor.
–Elise…
Se aproximó a él y lo besó. Su sabor era dulce, su olor embriagador. Sus labios se derretían en una unión celestial. Se apretó contra su pecho y dejó que sus cuerpos se tocaran.

El beso se fue haciendo cada vez más apasionado, menos controlable.

De pronto, Cole pensó que ella no era consciente de lo que hacía, que se sentía desprotegida y vulnerable y que se arrepentiría de aquello después.

Con un gran esfuerzo, se apartó de ella.

–Buenas noches, Elise –dijo–. Que duermas bien.

Él se tendría que dar una ducha fría.

¿Qué demonios había hecho?

Elise se quedó pensativa, mirando al techo de la habitación.

Cole la había despertado de un cálido sueño, en el que se imaginaba en sus brazos. Pero el calor de su cuerpo había penetrado más allá.

Y había sido ella la que había tomado la iniciativa. ¿Cómo se le había ocurrido hacer algo semejante?

Se incorporó y se sentó al borde de la cama. Estaba desconcertada y perdida, tenía el estómago revuelto. ¿Era el embarazo lo que hacía que se sintiera así? ¿O habían sido los besos de Cole?

Prefería pensar que todo aquello no era sino efecto del embarazo.

Pero la verdad estaba demasiado presente.

Se levantó y se dirigió hacia la ventana. Miró a las estrellas. Durante su infancia les había pedido repetidas veces que le dieran una familia.

Al fin tenía una. Pero no le bastaba.

Se dio la vuelta y se quedó de espaldas a la ventana. Se agarró el vientre y pensó en que Cole la había rechazado. Miró la cama vacía y sintió miedo. Ya no tenía a nadie que la cobijara, que la abrazara, nadie que la hiciera sentir segura. Volvía a estar sola otra vez.

–Voy a que me corten el pelo –dijo Cole, mientras aclaraba los platos del desayuno.

Más pronto que de costumbre, Cole había llevado a la niña al colegio. Su bebé se estaba haciendo mayor demasiado deprisa.

Elise había preparado un opíparo desayuno capaz de alimentar a todo un batallón.

–Como vas a la ciudad, ¿te importaría devolverle esto a Mary Ann? –le preguntó Elise.

–Claro –dijo él y comenzó a meter los platos en el lavaplatos.

–Deja eso si quieres. Ya me encargo yo.

–No me importa.
–Pero ese es mi trabajo.
Cole se dio cuenta de que tenía ojeras.
–Tu trabajo es descansar y cuidarte. No quiero que te vuelva a suceder lo del sábado.
Elise se entristeció.
–¿Es por eso que has llevado tú a Haley al colegio?
Él asintió.
–Sí. No quiero que seas la chófer, ni la asistenta –la garró de los hombros–. Esta es una familia, no un negocio. Nos tenemos que cuidar unos a otros.
A Elise se le llenaron los ojos de lágrimas y comenzó a llorar.
¿Qué había dicho? ¿Qué había hecho? Sabía que quería sentirse necesitada, pensaba que, tal vez, todavía tenía miedo de no ser una buena madre Sintió un impulso incontrolable de abrazarla y protegerla y lo hizo.
–¿Qué te ocurre? ¿Qué he dicho?
Ella negó con la cabeza.
–Nada –respondió–. Es que nunca nadie se ha ocupado de mí, ni se ha preocupado por mí, ni por mi bebé.
Eso era todo lo que le sucedía, o, al menos, de eso era de lo que quería convencerse. Cole no la quería, pero no le importaba. Lo que realmente le importaba era el bebé.
Cole le besó tiernamente la frente.
–¿Por qué no te acuestas un rato? Pareces cansada.
Lo estaba. No había podido dormir bien en semanas. Y el motivo no era que Cole durmiera en la misma cama, sino que lo hiciera tan lejos de ella. Pero no se atrevía a pedir lo que quería, por miedo a que la rechazara.

–Ya me fijaré yo a ver si realmente pasan nueve meses –dijo Annelle Wittlefield mientras le secaban el pelo.
Cole se detuvo en seco en la puerta de la peluquería. ¿Qué pasaba? ¿Es que ya todo el mundo lo sabía?
La puerta se cerró tras él y, de pronto, el murmullo desapareció.
Darla Brown carraspeó para avisar a Annelle. Beth Thompson se puso roja como un tomate y Lou Ellen se tapó la boca.
Pero Annelle, que estaba en el secador, no había reparado en la presencia de Cole.
–Os apuesto lo que queráis a que nace antes de tiempo. Ya lo veréis.
Cole apretó el jersey que llevaba en las mano y entró, ignorando el comentario de aquella mujer.

Pero un tumulto de voces se levantó con preguntas impertinentes.

–¡Mira quién está aquí! ¿Qué tal Cole?

–Enhorabuena, Cole.

–¿Teníais prisa en casaros?

–¿No queríais una boda por la iglesia?

Ignoró las preguntas y trató de averiguar dónde estaba su amiga.

–¿Y Mary Ann?

Sally hizo una pequeña señal con la cabeza.

–Está en la parte de atrás.

Sin mediar palabra, se dirigió hacia allí.

–¡No vayas a echarle la culpa de nada a ella! No ha dicho nada.

Al entrar en la trastienda, se encontró a Mary Ann metiendo toallas en la lavadora.

–¿Este es el centro de cotilleos de Desert Spring?

Mary Ann frunció el ceño, pero luego sonrió.

–Todo el mundo se dio cuenta el sábado de que era lo que pasaba. ¿Cómo está?

–Mejor.

–Entonces no te preocupes. Las mujeres se aburren y necesitan algo de lo que hablar. Elise y tú sois lo único interesante que ha ocurrido por aquí últimamente. Me temo que vas a tener que acostumbrarte a ser la estrella de la ciudad por el momento.

–¿Quieres decir la estrella o el villano?

–Nunca te podrían ver como el villano aquí, Cole. Todo el mundo te quiere y te respeta –dio al botón y la lavadora se puso en marcha–. Cuando Elise tenga a tu hijo ya nadie contará los días.

Su hijo.

Pero no era su hijo y, por algún motivo, deseaba que lo fuera. No porque no quisiera cuidar de un hijo ajeno, sino porque le habría gustado poder compartir algo así con ella. ¡Ojalá hubiera podido ser él el que la hubiera dejado embarazada! Odiaba la idea de que un maldito vaquero hubiera estado con ella.

–Conoces a las mujeres de esta ciudad. Sabes que no se les va a olvidar.

Mary se puso en jarras.

–¿Qué más te da? ¿Qué importa que se quedara embarazada antes de que os casarais? Eso ocurre a menudo.

No le daba igual, pues le importaba que Haley llegara a pensar que se habían tenido que casar forzados y que aquel matrimonio no era más que una fachada.

Pero tenía que olvidarse de todo aquello.

–Aquí tienes tu chaqueta. Gracias.

–De nada. Me cae muy bien Elise –dijo–. Es una mujer

estupenda, tanto para ti como para Haley.

–Yo también lo creo así –al menos lo era para su hija–. Será mejor que me vaya yendo

Mary Ann asintió.

–Dale un beso a Elise de mi parte. Y enhorabuena. Jack y yo nos alegramos mucho por ti.

Cole se puso el sombrero.

–Nos vemos el viernes por la noche –dijo ella.

Cole levantó una ceja interrogante.

–Me vas a traer a Haley –respondió ella.

–¿Sí? ¿Lo sabe Elise?

–Todavía no. Y no discutas conmigo.

Cole sintió un nudo en el estómago.

–¿Sobre qué?

–Haley va a pasar la noche conmigo.

–¿Por qué? ¿Qué ocurre ese día?

–Es vuestro aniversario. Y el sábado es el cumpleaños de Elise.

–¿Sí? ¿Te lo ha dicho ella?

–No, pero lo vi en vuestro certificado de matrimonio. ¿No lo sabías?

–No.

–Hombres –lo obligó a darse la vuelta y le dio un empujón hacia la puerta–. Vete ahora mismo a comprarle un bonito regalo a tu mujer. Y quiero que paséis la noche a solas.

Capítulo 8

YA TODO el mundo sabía la buena nueva, lo que significaba que debían darle la noticia a Haley antes de que se rumoreara en el colegio.

Cole agarró a Elise de la mano y, juntos, entraron en la habitación de Haley.

–Yo… –dijo la niña con cara de culpabilidad–. Siento mucho lo del accidente.

Cole levantó una ceja sorprendido.

–¿Qué accidente?

Haley se dio cuenta de que no era por eso por lo que habían entrado a su habitación.

Cole se preguntó qué debía de hacer. ¿Debía de obviar el tema o tratar de averiguar de qué se trataba?

–¿Te refieres al bote de galletas? –preguntó Elise.

La niña asintió.

–Se me escurrió de las manos.

–Ya está arreglado –dijo Elise–. No tengas miedo de decirme cosas como esa. Todo el mundo tiene accidentes y muchos de ellos se arreglan con el pegamento adecuado.

–De acuerdo.

Elise frunció el ceño.

–Pero quiero saber qué ha pasado con las galletas que faltan –le preguntó cariñosamente–. ¿Te has lavado los dientes después de comértelas?

–Sí.

–Bueno –Elise sonrió.

–¿Me vas a leer un cuento, papi? –preguntó la niña mientras se metía en la cama–. ¿Me podéis leer una historia muy larga?

–Hoy no, cariño –dijo Elise y se sentó al borde de la cama–. Tu padre y yo tenemos algo que decirte.

–¿Lo del bebé?

Ambos se quedaron atónitos sin saber qué decir.

–¿Lo sabes? –preguntó Cole y se sentó junto a Elise, colocándole una mano en el hombro.

–Sí. Lo oí el otro día en el bingo, cuando Elise se puso mala. Todo el mundo hablaba de ello.

Elise se quedó sin habla.

–¿Y qué te parece?

Haley se encogió de hombros.

–¿Va a ser un niño o una niña?

–¿Importa mucho que sea niño o niña?

–Bueno, los niños son un poco pesados –dijo Haley.

–¿Y Tommy Davison también? –le preguntó Elise.

Haley se rio.

–No, Tommy Davison no.

–Eso quiere decir que te cae bien –dijo Elise.

–¡Pero no es mi novio!

–¡Tu novio! –Cole se quedó de piedra, como si se hubiera perdido la mitad de la vida de su hija–. ¡Si eres una enana!

–¡Papá! –protestó Haley.

–Cole, dejalo, no pasa nada –Elise le puso la mano en la pierna.

La piel se le electrizó, como si acabaran de conectarlo a una corriente de mil vatios.

–¿Y qué te parecería una hermanita? –dijo Elise.

–¿Cómo Cenicienta?

Cole se quedó de piedra. No entendía a qué se refería. Miro a Elise.

–¿Te refieres a esas horrorosas hermanastras y a la madrastra? –le preguntó Elise.

Sin duda, entendía a su hija mejor que él. Y, aunque por eso había querido buscarle una madre, no podía evitar sentirse celoso.

Haley asintió.

Elise la abrazó cariñosamente.

–¡Mi vida! ¿De dónde te has sacado eso?

–Tamara Watson dice…

–¿Qué importa lo que Tamara Watson diga? –preguntó Cole–. No conoce a Elise.

Haley asintió.

Elise tomó el rostro de la pequeña entre sus manos.

–Tú no puedes creer que yo soy como la madrastra de Cenicienta, ¿verdad?

–No, claro que no –dijo Haley.

–Entonces –dijo Elise, mientras le acariciaba el pelo–. Tu hermana…

–O hermano –añadió Cole.

Elise sonrió.

–No se va a parecer en nada a esos personajes tan feos.

–¿De verdad? –miró a Elise con los ojos muy abiertos.

–De verdad –dijo Elise y le dio un beso en la mejilla. Luego la tapó–. Ahora, duérmete un rato. Mañana seguiremos hablando. Quizás nos puedas ayudar a buscarle un nombre al bebé.

–De acuerdo –dijo Haley y les dio las buenas noches con un beso.

Apagaron las luces, pero antes de que salieran volvió a sonar la pequeña vocecita.

–La próxima vez que hagáis algo así no tengáis miedo de decírmelo, ¿vale?

–De acuerdo –dijo Elise.

Sonriendo, agarró la mano de Cole y cerró la puerta.

Cole se preguntaba qué había hecho para haber tenido la inmensa suerte de que le tocara una hija como aquella y una mujer tan hermosa y comprensiva. ¿Cómo sabía siempre lo que tenía que decir?

–Eres increíble –le dijo él, mientras se dirigían a su habitación.

–¿Qué quieres decir? –la mirada que le lanzó estaba llena de amor y de esperanza.

Él se encogió de hombros.

–Siempre sabes lo que tienes que decir.

–No, eso no es verdad . Me limito a escuchar lo que ella pregunta y a responder. Lo mismo que haces tú.

Cole se preguntó si, verdaderamente, él también hacía eso. Siempre se sentía como un rinoceronte intentando escalar una montaña. Exactamente lo mismo que sentía al mirar a Elise a los ojos.

¿Qué le estaba sucediendo exactamente? ¿Es que se estaba enamorando de su mujer? De algún modo, le gustaba la idea. Después de todo, eso garantizaría que el matrimonio fuera duradero. Pero, por otro lado, le daba mucho miedo.

Una cosa era preocuparse por ella y otra muy distinta enamorarse de ella.

–Necesitamos hablar.

–¿Sobre qué? –le preguntó Elise.

Se quedaron en mitad del pasillo, a unos metros del dormitorio.

–Mary Ann se ha ofrecido a cuidar de Haley este viernes por la noche, para que podamos celebrar nuestro primer mes de matrimonio.

–Vaya –dijo ella , pensativa.

Cole se preguntó si él tendría sobre ella el mismo efecto que ella sobre él, si sentía el impulso magnético que los unía.

–Verás, no he podido decir que no –bajó la cabeza. No podía decir lo que verdaderamente pensaba y sentía, que quería estar a solas con ella. Algo tan simple era tremendamente complicado–. Eso provocaría muchas preguntas que no quiero tener que responder.

Al mirarla de nuevo, se dio cuenta de que dentro de ella había toda una variedad de sentimientos encontrados, pero no podía

descifrar exactamente qué era lo que sucedía. Se preparó para el estallido de la tormenta.

–En otras palabras, me estás pidiendo que salga contigo.

Confuso ante la interpretación de sus palabras, decidió admitir su versión.

–Supongo que sí, que deberíamos salir –se metió las manos en los bolsillos–. ¿No tienes otros planes?

–No –dijo ella y, dándose media vuelta, se dirigió hacia la habitación.

Cole estaba hecho un lío. No sabía qué pensar.

–Ese no significa que no tienes planes o que no quieres salir.

Ella se volvió. Esperaba rabia en su mirada, pero lo que se encontró fue dolor.

–Supongo que ahora ya tengo planes.

–¿Qué es lo que he hecho mal?

–Nada –respondió ella. Se metió en la habitación y cerró la puerta.

En dos pasos, Cole llegó ante la puerta y la abrió bruscamente.

–¿Cómo se supone que vamos a tener una relación si no puedo hablar contigo, ni discutir nada contigo?

–¿Una relación? –soltó una carcajada irónica–. Tienes más relación con tu caballo que conmigo. Nunca me preguntas nada, siempre me dices lo que hay que hacer, ordenas lo que hay que hacer. Teníamos que ir al bingo. Ahora, el viernes, tenemos que salir porque debemos celebrar algo. ¡Vaya celebración!

Cole sintió que aquellas palabras eran como una bofetada.

–Lo siento, Cole –dijo ella–. No debería de haber dicho eso.

Él se sentó al borde de la cama.

–Me alegro de que lo hicieras. Tienes razón. No he sabido llevar las cosas como debía. No he sabido llevar bien nuestro matrimonio –se metió los dedos por el pelo. Se le contrajo el estómago de los nervios–. Escucha, Elise, realmente me gustaría pasar más tiempo contigo… con mi esposa. A solas. ¿Quieres salir conmigo el viernes por la noche a celebrar nuestro aniversario?

–¡Si! –dijo ella con una sonrisa tímida–. Me encantaría.

–¡Pareces Cenicienta! –exclamó Haley.

–Bueno, al menos no has dicho que parezco la madrastra –dijo Elise. ¿Qué estaba haciendo? El estómago se le encogió y esta vez no podía culpar al embarazo. Solo tenía que ver con Cole.

Una vez más, lo había fastidiado todo. No solo le gustaba la idea de salir con su marido aquella noche, sino que le gustaba que fuera una cita. Una cita de verdad, con cumplidos y besos robados. Eso

podría llevarlos a algo más, algo verdaderamente íntimo. Pero Cole obviamente no quería nada de lo que ella quería. La otra noche se había ofrecido a él y la había rechazado. La había besado y se había ido de la habitación.

¡Dios santo! Estaba queriendo vivir un sueño que sabía imposible. Lo más probable era que acabara una vez más con el corazón partido.

–¡Estás radiante! –le dijo Mary Ann con una gran sonrisa. Tenía un cepillo en una mano y un bote de laca en el otro–. Cole va a ser el hombre más envidiado de la comarca.

Elise se miró en el espejo. Aquella noche quería estar deslumbrante y Mary Ann había hecho todo lo que había podido. Le había hecho un bonito recogido, que dejaba su largo cuello al aire, le había prestado un bonito vestido blanco y unos pendientes de cristal.

–Quiero ser como tú cuando sea mayor –dijo la pequeña Haley.

Elise sentía una extraña y agradable sensación. Desde niña había soñado con sentir amor. Ahora tenía la oportunidad de saberlo.

Pero al mismo tiempo sentía la responsabilidad de cuanto tenía que hacer por aquello. Tenía que ser una buena madre, por Haley y por el pequeño o la pequeña que venía de camino.

Se tocó el vientre. Muy pronto tendría su propio hijo, el que pensó sería su única familia. Pero ya no estarían los dos solos. Nunca se había sentido tan feliz y agradecida de tener lo que tenía. Y todo gracias a Cole. Haley había sido la primera que la había querido realmente. Ya solo le quedaba conseguir el amor de Cole. Si él llegara a amarla tanto como ella quería amarlo a él.

–Gracias, Mary Ann –dijo con la voz rasgada por la emoción–. Te agradezco que me hayas ayudado. Deberías de haberme arreglado el pelo para la boda también.

Aquella maravillosa mujer había sido el mejor apoyo que había tenido.

–Estabas radiante sin mi ayuda. Había un brillo enamorado en tus ojos.

Más bien era el brillo del pánico.

–Pero hoy, también tienes un brillo especial. A las madres embarazadas hay que tratarlas con especial cuidado –dijo Mary Ann–. Tienes una nueva mamá estupenda, ¿verdad?

–Sí –respondió Haley–. ¿Sabes que me hizo galletas de chocolate el otro día.

–¿Galletas de chocolate? –preguntó Mary Ann y levantó las cejas en un gesto de sorpresa–. ¿Y no me has guardado ninguna?

Haley se rio.

–Las llevé todas al colegio.

–Bueno, casi todas –la corrigió Elise con una sonrisa. Le habría encantado haber tenido una madre con la que haber compartido emociones y recuerdos. Pero tenía una hija y su vida iba cambiando poco a poco–. Solo faltaban las que escondí en el bote de cristal y que tan misteriosamente desaparecieron. La próxima vez tendremos que hacer una tanda solo para Mary Ann.

–¿Mañana? –preguntó Haley.

Sí, claro que podía ser al día siguiente. Hacer galletas con su nueva hija podía ser el mejor regalo de cumpleaños.

–Vámonos a casa, cariño. Tu mami y tu papi tienen una cita.

–Pero los papás y las mamás no tienen citas –dijo Haley.

–¡Claro que sí! –dijo Mary Anne–. Divertíos y no tengáis prisa en venir a buscar a la niña.

Elise estaba nerviosa. Tenía una cita con Cole. La idea hizo que se le encogiera el estómago. ¿Sobre qué hablarían? ¿Qué harían juntos?

Mujeres. ¿Quién podía entenderlas?

Cole desde luego no podía.

Caminaba de arriba abajo del salón, mientras esperaba a que Elise se arreglara para la cita. Para él aquello no podía ser ninguna cita, aun cuando Elise fuera la mujer con la que más le gustaría tener una cita.

Mary Ann se había llevado a Haley hacía unos treinta minutos. ¿Qué era lo que la estaba entreteniendo tanto? Iban a llegar tarde para la mesa que tenía reservada.

Bueno, era una buena oportunidad para fortalecer el vínculo que los debía unir como matrimonio.

Se dirigió hacia la escalera y subió en dirección al dormitorio. Dudó unos segundos antes de llamar, pero al fin lo hizo.

–Elise…

–Pasa –le dijo ella desde dentro.

Estaba de espaldas y llevaba puestas unas mallas negras y una camisa amplia.

–Necesitamos irnos, se está haciendo tarde.

–He cambiado de opinión –dijo ella con la voz temblorosa.

Se quedó paralizado. Luego vio el vestido que Mary Ann le había dejado metido en su funda de plástico, sobre una silla.

–¿No quieres salir?

Elise no se molestó en mirarlo.

–Qué más da. Mientras la gente piense que vamos a salir juntos, nos da igual salir o no, no es necesario.

–Bueno, yo no lo veía de ese modo –la verdad era que realmente

quería salir con ella, quería una excusa para pasar tiempo juntos. Quería oír su risa, ver su sonrisa. No estaba seguro de querer admitir la decepción que le provocaban sus palabras–. ¿Estás enferma?

–No.

–¿Te sientes bien?

–Sí.

Se sentó al borde de la cama.

–Pensé que te habían servido mis disculpas…

Se volvió un instante.

–No es eso… –respondió–. Es, simplemente, que te puse contra la espada y la pared. No me di cuenta de que tú no querías salir, que te estaba forzando. Hice lo mismo de lo que te estaba acusando a ti.

Le dio la espalda y él la agarró del brazo.

–No, por favor, no te cierres de nuevo a mí. Háblame, dime lo que te sucede. No puedo leerte el pensamiento.

Respiró profundamente.

–No es culpa tuya. No has hecho nada malo.

–Entonces, ¿qué pasa? ¿No podemos ser amigos?

–¿Amigos? –dijo ella sorprendida–. Si te pasas la mitad del tiempo rehuyéndome. ¿Cómo quieres que seamos amigos?

Cole se quedó anonadado.

–¿Rehuyéndote? –aquello era completamente absurdo–. ¿Estás loca? Fuiste tú la que dijiste que no podíamos… Ya sabes.

Miró a la cama.

–La otra noche fuiste tú el que dejó muy claro que no querías nada y que solo estabas haciendo esto porque era lo que los demás esperaban de ti. Está claro que no te gusto.

–¿Que no me gustas? Maldita sea, me gustas tanto que duele –su voz resonó en toda la habitación–. Eres en lo único que pienso, día y noche.

Abrió la boca sorprendida.

–¿Te gusto?

La tomó en sus brazos.

–Sí, demasiado.

–¿Yo? –no era posible.

–Sí, tú y solo tú.

Elise no salía de su asombro.

–No te das cuenta de lo deseable que eres, ¿verdad?

–Pues nunca me he sentido así.

–Lo eres. Tanto que dan ganas de comerte… –le besó la mejilla por la que estaba descendiendo una lágrima–. Nunca he sentido esto por nadie. Nunca he deseado tanto a alguien.

Sin pensárselo más, fue ella la que lo besó, con deseo infinito, con una pasión que la consumía.

Lenta y deliciosamente se besaron durante una eternidad.

–Estás preciosa esta noche –le dijo, al tomar su rostro entre las manos–. Déjame que te lleve a cenar… Antes de que rompa del todo mi promesa.

Elise habría querido decirle que se olvidara de aquella estúpida promesa.

Sus palabras resonaban una y otra vez en su cabeza. «Me gustas tanto que duele».

Entusiasmada como una colegiala, se puso el vestido que Mary Ann le había prestado.

–Me quiere –se decía una y otra vez.

Pero, de pronto, la cruda realidad hizo que bajara de la nube. No, no la quería, solamente la deseaba, eso era todo. Ella sabía muy bien la diferencia entre una cosa y la otra.

Abrió la puerta y salió de la habitación con la mirada sombría.

Al llegar al pie de la escalera, se encontró a Cole con la cesta de picnic en la mano.

–¿No íbamos a salir?

Cole sonrió.

–La verdad es que esta noche no te quiero compartir con nadie. Pensé que sería mucho mejor que nos quedáramos en casa, que pasáramos algo de tiempo a solas, sin interrupciones.

Se dirigió hacia ella y la agarró de la cintura y se quedó mirándola fijamente a los ojos.

¡Cómo habría querido Elise pensar que aquello era más que deseo!

–Pero… yo creía que era todo una farsa, algo que hacíamos cara a la galería…

Cole sonrió.

–Quiero celebrar nuestro aniversario, pero aquí, a solas y en privado.

–Pero Cole…

–No estoy pidiendo nada más, Elise. Solo quiero estar a solas con mi mujer.

Sus palabras la emocionaron y le llegaron directamente al corazón.

Salieron al porche. Hacía una noche cálida y agradable. Cole había puesto luces de Navidad alrededor de las columnas y había extendido una manta sobre el césped. La cesta de picnic estaba en el centro.

–No he tenido mucho tiempo para preparar algo especial –dijo preocupado–. Así que espero que te guste el pollo y la ensalada.

–Perfecto –dijo ella.

¿Qué trataba de hacer? ¿Quería seducirla o solamente estaba siendo amable y atento? Su desconfianza hacia los hombres batallaba con su necesidad de creer en Cole.

–¿Estás bien aquí o preferirías haber ido a un restaurante?

–Estoy muy bien. Esto es perfecto, como un sueño hecho realidad.

Tal vez, a Cole le importaba Elise mucho más de lo que ella pensaba, pero algo le hacía mantener las distancias.

–¿Qué es exactamente lo que esperas de nuestro matrimonio, Cole? –le preguntó con mucha frialdad.

–Creo que eso lo dejé claro desde el principio –respondió él, mientras mordía un trozo de pan.

–Así que solo te interesa el sexo.

Otra vez le había vuelto a ocurrir, se había enamorado de un vaquero que solo quería pasárselo bien.

–Bueno, yo no lo veo así. Pero no niego que eso también me interesa. Creo que al principio era solo eso lo que buscaba. Pero ahora ya no. Me interesa poder compartir la responsabilidad de la paternidad, poder planear nuestra vida y nuestro futuro juntos. Quiero una compañera de verdad, lo que no tuve en mi primer matrimonio.

–Tú y …

–Paula –dijo él–. No funcionó. Paula odiaba el rancho, odiaba estar embarazada, odiaba a la gente de aquí. No le gustaba estar aislada en un pueblo como este, donde, para ella, la gente no era gente, sino caricaturas. Ni siquiera quería quedarse embarazada, de hecho, no quería tener a mi hija…

Elise se estremeció ante la idea.

–¿Cómo la convenciste?

–Le aseguré que nos mudaríamos, que vendería el rancho y nos iríamos a donde ella quisiera.

Cole sabía el sacrificio que eso habría supuesto para él.

–Pero, para cuando Haley ya tuvo edad suficiente para mudarnos, Paula ya había decidido emprender una nueva vida a solas.

Cole estaba muy dolido. Estaba claro que él también se había sentido rechazado.

–¿La querías?

Cole se quedó pensativo.

–Sí, al principio sí. Paula y yo nos conocimos en una feria de caballos. A ella le pareció muy romántico eso de enamorarse de un

ranchero. Nos casamos demasiado pronto, sin darnos tiempo a saber si realmente era una buena idea. El amor no duró mucho tiempo, pero yo creía en el compromiso que habíamos firmado, mientras que ella ni siquiera respetó eso –se pasó los dedos por el pelo–. No era una persona fácil de amar.

Elise sabía que ella tampoco lo era, o al menos eso era lo que le decían las monjas del orfanato.

–¿Y tú? ¿Qué es lo que buscas? ¿Es amor, Elise? ¿Echas de menos ser amada?

Elise se tensó. Se apartó de él y bajó los ojos.

–¿Cómo voy a echar de menos algo que nunca he tenido?

Era una mentirosa. Sabía perfectamente que sí, que quería amor. Pero no se lo podía decir a Cole, pues temía que si confesaba aquella necesidad de afecto, Cole se asustara.

–¿Nunca has tenido a nadie que te amara? ¿Tus padres? –preguntó él.

Elise levantó los ojos.

–Crecí en un orfanato.

–¿Cómo? –la miró preocupado. Le molestaba sentir lástima de ella–. Es por eso que dijiste que tus padres no vendrían a la boda.

–Desaparecieron de mi vida cuando era muy pequeña. Pero no sientas pena. Siempre quise tener una familia y tú me la has dado.

Cole se tensó.

–No, no siento pena. Pero sé de lo que me hablas. Yo formé una familia y se me desmoronó. Y no se trata solo del dolor que yo pudiera sentir. Lo más terrible es que desprecien a tu hija. Ese sí que es un dolor insoportable.

Elise estaba en la misma situación. Rusty había rechazado el hijo que llevaba dentro.

–Así que entiendes perfectamente lo que siente Haley.

–Sí –dijo ella, cargada de una emoción desconocida para ella.

–No me resulta fácil confiar en alguien –dijo Cole–. Supongo que para ti tampoco.

Ella asintió.

–Tengo miedo. Me he pasado toda mi vida queriendo tener un familia. Cuando conocí a Rusty pensé que la había encontrado, pero me despreció. Por eso tengo siempre la impresión de que me voy a despertar de este sueño y que la realidad será otra pesadilla. Tengo miedo de amar –se calló durante unos segundos–. Pero lo que más quiero y necesito en el mundo es amar. ¿Tú crees que nosotros podríamos ser capaces de confiar el uno en el otro, capaces de…

Se detuvo ahí. No podía decir lo que realmente quería decir.

Cole se pensó la respuesta.

–No lo sé –dijo–. A veces me aterra pensar que vas a hacer las

maletas y te vas a marchar. Me da miedo que le puedas romper el corazón a Haley…

–O a ti –añadió ella con dolor.

Hubo un silencio.

–No quiero amar a nadie. Pero tengo problemas para no amarte a ti.

Elise se quedó perpleja. El corazón se le detuvo durante unos instantes. Cole continuó.

–Me haces desear cosas imposibles, pero sé que es absurdo creer en los cuentos de hadas.

Elise lo miró directamente a los ojos. Quizás había una solución, quizás era posible borrar el dolor pasado y empezar de nuevo, para vivir felices para siempre.

–¿Puedes ayudarme a creer en el amor de nuevo? –le preguntó él.

Capítulo 9

CÓMO SE hacía para invitar a un hombre a la cama? Elise no tenía ni la más remota idea de cómo hacerlo. Además, era descabellado.

Sabía que si cometía un error las consecuencias serían terribles. Ya había pasado por eso antes.

La única diferencia era que estaba casada, pero eso no significaba necesariamente un final feliz.

¿Por qué quería cambiar las cosas?

Porque lo necesitaba, porque no se conformaba con un matrimonio distanciado o cordial. Cole también necesitaba más.

Entonces llegaba la parte práctica, la de cómo hacerlo. Era ella la que había impuesto las barreras, de modo que también era ella la que debía derribarlas.

Se recordó a sí misma que Cole no era Rusty, pero tampoco lo que sentía era lo mismo. Su amor por Cole era mucho más profundo y también más peligroso.

Cole terminó de meter las cosas en la cesta y juntos subieron las escaleras del porche. Abrió la puerta y entraron en la casa.

Cole dejó la cesta al lado de la puerta y cerró.

El salón estaba a oscuras, una oscuridad que intensificaba sus ansias, sus deseos y sus miedos. Cole buscó la llave de la luz y ella le sujetó la mano.

–¿Qué pasa? –le preguntó él. Estaban tan cerca el uno del otro que podían sentir el calor que emanaba su piel.

–No digas nada –respondió ella.

No hacían falta palabras.

Elise lo agarró de la mano y lo guió hacia las escaleras.

–Elise, ¿qué estás…?

Ella acalló su boca con un dedo.

–No digas nada.

Subieron y entraron en la habitación. Había un silencio absoluto, solo perturbado por el insistente latido de sus corazones.

Elise sintió miedo. Aquella era una decisión que implicaba mucho riesgo.

«Puede estropearse todo, estoy arriesgándolo todo», se dijo.

El sonido del reloj repiqueteaba como una máquina del tiempo mortal que estuviera a punto de dar las doce, la hora de la

Cenicienta. Después de aquello, ¿se desvanecería todo, se rompería el encantamiento?

«Todo depende de mí», pensó.

Los dos esperaban a que algo sucediera. Pero ella sabía que Cole era un caballero, que era ella la que debía de dar el primer paso.

Le acarició los hombros suavemente y sintió sus músculos poderosos bajo la tela de la camisa.

–¿Sabes lo que estás haciendo? –preguntó él.

Ella se quedó paralizada.

Su figura se recortaba contra la ventana, iluminada a contraluz por los rayos de luna. ¿Iba a rechazarla? ¿Y si lo hacía?

Pero acababa de confesarle que la deseaba. Tenía que confiar, necesitaba hacerlo.

–Sí, sé exactamente lo que estoy haciendo –su voz salió firme y decidida. Le acarició el pelo y sintió su respiración entrecortada–. ¿Y tú?

–Creo… creo que se me ha olvidado todo, incluso cómo se besa.

–Lo irás recordando poco a poco.

–Yo… yo creí que no querías una relación íntima.

Elise necesitaba sentir sus labios.

–He cambiado de opinión.

–Pero no hay marcha atrás después de esto –le advirtió él.

–Solo me importa ir hacia adelante.

Cole la abrazó y sus bocas se unieron, se fusionaron en un beso intenso.

Exploró con la lengua la cavidad de su boca, y se desearon.

Se desnudaron mutuamente, lenta y delicadamente, hasta que la carne quedó expuesta a la luz de la luna.

–Eres preciosa –dijo él con voz susurrante. La necesitaba, la quería–. No quiero haceros daño ni a ti ni al bebé.

–No me vas a hacer daño.

El deseo crecía por momentos. Todo eran besos, caricias, abrazos. Los cuerpos se deseaban y se anhelaban.

Cole atrapó sus senos y ella gimió.

–¡Oh, Elise! –dijo Cole–. Te necesito.

Ella se estremeció. El corazón le latía con fuerza.

Cole deslizó su mano hasta su bajo vientre y Elise sintió toda la pasión concentrada en su pubis.

–Te necesito dentro –le dijo sin pudor–. Por favor, Cole, ahora.

No sin cierto temor, Cole obedeció a su propio impulso. Sus cuerpos se entrelazaron y, al fin, la hizo suya.

El movimiento rítmico los arrastró hasta el éxtasis y juntos gimieron al unísono, convirtiéndose en uno solo. Después de unos segundos, recobraron el aliento y el mundo dejó de girar.

–¿Estás bien? –preguntó él.
Ella asintió.
–Estoy perfectamente –dijo.
–¿Y el bebé?
Elise le agarró la mano y se la puso sobre su vientre.
–Muy contento.
Bajo la palma de la mano, sintió el movimiento del pequeño.
Elise se rio.
–¿Lo has notado?
–¡Ha sido el bebé!
–Sí –sonrió ella.
Cole reposó de nuevo la mano sobre su tripa con la esperanza de volver a sentir el movimiento.
–¿Desde cuándo se mueve?
–Desde hace una semana más o menos.
Cole sintió que el estómago se le contraía.
–Pero no has dicho nada.
–No me pareció que estuvieras interesado –dijo.
Cole se avergonzó de su comportamiento.
–Lo siento –dijo.
Quería compartir aquel embarazo, ya que no había podido disfrutar de el de Paula.
–He sido un egoísta y te pido disculpas. Tenía tanto miedo de desearte, que me he apartado de ti. Como no estabas interesada…
Bajó la cabeza atormentado.
–¿En el sexo?
–Sí.
Ella suspiró.
–Lo que no quería es que fuera solo eso. Quería algo más, quería… –se mordió el labio inferior–. Pensé que solo quería una familia, pero, quería algo más. El sexo fue, precisamente, lo que me causó problemas con Rusty y lo estropeó todo.
–Pero, ¿y lo que ha sucedido esta noche?
–Decidí arriesgarme contigo.
–¿A pesar de estar embarazada?
Elise se rio.
–Eso no significa que no sienta deseo. ¿No hacías el amor con tu mujer cuando estaba embarazada?
Cole nunca había hablado de aquello con nadie.
–No. Paula no quería ni que me acercara –Cole recapacitó sobre lo que había estado sucediendo entre ellos–. Por eso, también me estaba distanciando de ti. Pensé que después del embarazo las cosas podrían cambiar.
–Lo que yo tenía era miedo. Pensé que si hacíamos el amor, te

perdería, como me pasó con Rusty.

–¿Te arrepientes de estar embarazada?

–No –dijo ella y respiró profundamente–. Solo me arrepiento de haber estado con Rusty. Pensé que tú y yo teníamos más posibilidades de fundar una familia. Pero sin amor, no hay buenas bases. El compartir nuestra cama es parte de ese amor. Te quiero, Cole Dalton, por eso estoy aquí contigo.

A Cole se le aceleró el corazón. Pero en lugar de responder, de decir lo que sentía, las palabras se le quedaron en la garganta.

Claro que él también la amaba, pero tenía miedo de que el poder que ejercía sobre él aquel sentimiento lo destruyera.

Consciente de que debía responder de algún modo a aquella declaración, la besó ardorosamente.

Quizás, después de todo, los sueños podrían llegar a hacerse realidad.

Elise abrió los ojos y se sintió desconcertada. ¿Qué había hecho, cómo había sido tan necia la noche anterior?

Cole no la amaba y nunca la amaría.

El dolor que le causaba su rechazo era insoportable. Se sentía humillad y herida.

Allí estaba, en la cama, sola. Cole se había levantado al amanecer y ella temblaba ante la idea de tener que enfrentarse a él.

Se levantó de la cama y se encontró con su imagen reflejada en el espejo. Miró sus senos hinchados y su incipiente barriga. Cole la había tratado con extremo cuidado, la había acariciado y seducido con su ternura. Había sentido curiosidad por su embarazo. La había amado.

Sí, la había amado. Entonces, ¿por qué dudaba otra vez?

Se dio la vuelta. Su propia imagen la hacía sentir vulnerable.

Se vistió rápidamente y escribió una nota. Se iba a buscar a Haley.

Al llegar a la peluquería, Mary Ann la recibió con una sonrisa.

–Tienes todo el aspecto de una mujer enamorada –le dijo.

Enamorada, sí, claro que estaba enamorada, de un hombre que no la amaba.

–Te he traído el vestido –dijo ella, evitando entrar en temas personales.

–Gracias –dijo Mary Ann, mientras se desvanecía su sonrisa. Algo ocurría.

–He venido a recoger a Haley.

–Sí, está en el parque con otros niños –dijo Mary Ann.

–De acuerdo, iré a buscarla allí –dijo Elise. Necesitaba aire

fresco–. Gracias por todo, Mary Ann.

–Sin problema, cuando quieras.

Antes de que Elise saliera de la tienda, Mary Ann la llamó.

–Por cierto, se me había olvidado. Alguien ha venido aquí preguntando por ti.

Elise la miró confusa.

–¿Por mí?

–Sí. Era un vaquero.

Desconcertada y molesta, Elise frunció el ceño.

–¿Te dijo lo que quería?

–Encontrarte, parece ser. Se llamaba Rusty no sé qué más.

Elise se quedó paralizada.

–¿Podrías ocuparte de Haley un rato más?

Capítulo 10

SERÉ IDIOTA. ¿En qué estaría yo pensando? –se dijo Cole a sí mismo. Winnie relinchó–. Luego vuelvo a cepillarte.

Salió del establo en dirección a la casa.

Todo a su alrededor le recordaba a ella. Había impregnado de su esencia toda la casa.

Entonces, ¿por qué no se lo había dicho, por qué no le había dicho lo que realmente sentía?

–Lo voy a hacer –se propuso.

En cuanto acabara todo lo que tenía que hacer, cocinaría un pastel para Elise por su cumpleaños. Y le diría que la quería.

–¿Qué estás haciendo aquí? –preguntó Elise con la voz temblorosa.

Rusty Jones estaba junto a la puerta de la panadería, con el sombrero en la mano y una gran sonrisa en la cara.

–¡Hola, nena! Te he estado buscando por todas partes.

La agarró en brazos y giró con ella. La dejó en el suelo. Elise se dio cuenta de que ya no le provocaba nada su presencia. Lo que había sentido por él, se había desvanecido por completo.

–¿Por qué has vuelto?

–Tenía un rodeo en Amarillo y quería verte. No sabía si seguirías aquí o no. ¿Por qué no nos vamos a comer algo?

Elise respondió de un modo cortante.

–Lo que tengas que decir, me lo dices aquí.

De pronto, Elise se dio cuenta de que estaban en mitad de la calle y de que eran el blanco de todas las miradas. Era mejor evitar cotilleos.

–No, mejor vámonos a un sitio más privado –se dirigió hacia la furgoneta.

–De acuerdo –dijo Rusty mientras la seguía–. Estoy en un motel a las afueras de la ciudad. Podemos ir allí.

Cole se tomó otro vaso de limonada y se comió otra de las galletas que Elise había hecho.

La tarta de cumpleaños estaba sobre la mesa, con las velas

preparadas.

¿Por qué tardaban tanto?

Al entrar la tarde, Cole no podía esperar más. ¿Se le habría estropeado la furgoneta? ¿Les habría ocurrido algo?

Furioso consigo mismo por permitir que su mujer condujera aquella chatarra decidió llamar a ver si alguien le decía dónde estaba.

–Rizos, dígame.

–Mary Ann, soy Cole. ¿Sabes algo de Elise? –le preguntó directamente–. Me ha dejado una nota diciendo que había ido a buscar a Haley.

Esperaba que le dijera que acababan de salir para el rancho.

–Bueno… –Mary Ann dudó un momento–. Haley todavía está aquí. Elise me ha pedido que me quedara un rato más con ella.

–¿Se ha ido de compras? –le preguntó aliviado de saber, al menos, dónde estaba su hija–. Me dijo que necesitaba algo de ropa, porque ya no le vale la que tiene.

–No, creo que no.

Cole se preocupó.

–¿Dónde está, entonces? –la pregunta abrió dentro de él una vieja herida. No podía ser, no podía haberse marchado también ella.

–Cole, creo que se ha ido a buscar a alguien…

–Cásate conmigo, Elise –le pidió Rusty–. Creo que es lo que deberíamos hacer.

Elise volvía a recibir una proposición nada romántica. Aquella situación la puso furiosa.

–¿Qué?

–Lo siento, me entró el pánico. Pero me he dado cuenta de que quiero hacer las cosas bien.

–No puedo casarme contigo –dijo ella.

–Ya sé que hice mal, pero te pido perdón.

Elise lo miró y se dio cuenta de que no quedaba absolutamente nada entre ellos.

–Estoy casada, Rusty.

Se quedó boquiabierto.

–¡Estás casada! ¿Desde cuando?

–Desde hace un mes.

Se pasó la mano por el pelo.

–¿Con quién?

–Un ranchero de Desert Spring. No lo conoces. Se llama Cole Dalton.

Rasty se dio un golpe en la pierna.

–¿Me engañaste cuando me dijiste que estabas embarazada?

Elise le dijo que no con la cabeza. Tenía que contarle la verdad.

–Estoy embarazada, pero el niño es mío, puesto que tú me dejaste tirada. Ya no es tuyo y, además, estoy casada.

–Bueno, no tardaste nada en sustituírme por otro.

–No –admitió ella. Encontró alguien mucho mejor, alguien a quien amar con todo su corazón.

Se volvió hacia ella.

–¿Lo quieres?

–Sí –susurró ella.

Rusty empezó a pasear de arriba abajo de la habitación.

–Supongo que quieres seguir casada con él.

El corazón se le contrajo.

–No lo sé.

No quería seguir casada si Cole no la amaba. El dolor era tan grande que no lo podía soportar. Se echó a llorar.

–¡Maldita sea! ¿Qué es lo que he dicho? ¿Te trata bien? –preguntó alarmado.

Ella lloró aún más. Claro que la trataba bien, pero no la amaba y nunca la amaría.

–¡Cómo se le ocurra ponerte una mano encima… !

Elise lo sujetó.

–No, no se trata de eso. Es solo que… que no me ama.

Rusty se relajó.

–¿Por qué te casaste con él entonces?

–Porque tenía miedo.

Rusty hizo un gesto de preocupación.

–¿Por eso?

Ella asintió.

–Pues solo te puedo decir que elijas. Sigues casada con él, o te divorcias y te vienes a las Vegas conmigo y nos casamos.

Por un momento, Elise dudó si aquella era una oferta que debía tener en cuenta.

Cole vio la furgoneta de Elise aparcada en el motel Flame. Sintió un arrebato de ira que tenía que controlar.

No iba a permitir que Elise lo dejara así como así. Porque la verdad era que no podía vivir sin ella.

–Charlie –dijo al entrar en la recepción–. Hay un tal Rusty alojado aquí. ¿En qué habitación está?

Charlie Hood levantó la cabeza.

–Hola, Cole, cuánto tiempo sin verte. ¿Qué tal tu vida de recién casado?

–Muy bien –dijo Cole–. Sobre ese tipo, ¿me puedes decir el número de habitación?

–La catorce.

–Gracias.

El taconeo de sus botas resonó en toda la recepción.

Estaba furioso.

Al llegar a la habitación número catorce, se negó a llamar a la puerta. Era su mujer la que estaba allí dentro, a solas, con otro hombre. ¡El hombre que la había dejado embarazada!

Agarró el picaporte y abrió la puerta con violencia.

Allí estaban, Elise, sentada en la cama, y el vaquero de rodillas ante ella. Elise lloraba desconsoladamente. ¿Se había atrevido a hacerle daño?

–¿Qué pasa? –dijo el vaquero.

Cole avanzó hacia ellos.

–¡Cole! –gritó Elise, mientras él agarraba a Rusty de las solapas–. Para, no es lo que te imaginas.

La rabia dio paso a la desesperación.

–Escucha, Elise, lo siento, tuve miedo ayer. Sé que eso no es una excusa, pero es la verdad –se tragó la ira y el miedo–. Te quiero.

Respiró un momento y la miró a los ojos.

–Te quiero, ¿me oyes? Y eso es lo único que importa.

Ella asintió, pero su gesto permaneció inalterable.

–Creo que te amo desde hace ya bastante, pero no podía admitirlo.

–Cole…

Sintió pánico de lo que le iba a decir.

–¡Por favor, no me dejes, Elise! ¡Dame otra oportunidad!

Los ojos se le llenaron de lágrimas y se lanzó en brazos de Cole.

Una tos los volvió a la realidad.

–Perdón –dijo Rusty–. Supongo que es un momento difícil para presentaciones, pero soy Rusty Jones.

Cole dudó, no sabía que hacer. Por fin, reaccionó.

–Soy… soy Cole Dalton.

–Se ha llevado una mujer estupenda. Tiene mucha suerte. Yo fui tan estúpido que la dejé escapar.

–Yo no la dejaré irse nunca –la agarró por los hombros.

–Bueno, si alguna vez necesitas algo, no dudes en llamarme –dijo él.

Elise asintió y agarró a Cole por la cintura.

En cuanto salieron de la habitación se miraron uno al otro.

–¿Para qué había venido? –preguntó él.

–Quería casarse conmigo, ¿te lo puedes creer?

Cole la besó.

–Claro que sí. Eres una de esas mujeres que no se encuentran fácilmente.

–Me cuesta creerlo.

–Pues es la verdad –dijo él.

–Lo dices sinceramente.

–Con todo mi corazón –la abrazó cariñosamente.

Le acarició la cara y la besó con toda la ternura que tenía dentro.

–Bueno, ¿quieres tu regalo de cumpleaños ahora o luego?

–Mi… mi regalo de cumpleaños. ¿Cómo lo sabías?

–Tienes un hada madrina que me lo cuenta todo.

–¡Vaya! –lo abrazó con fuerza–. Nunca nadie me ha hecho un regalo de cumpleaños.

Cole sonrió.

–Entonces tenemos muchos cumpleaños que celebrar.

Se sacó del bolsillo una pequeña caja de terciopelo. Sacó un bonito anillo, se arrodilló sobre una rodilla y se lo puso. Era el anillo que su tatarabuelo le había regalado a su esposa.

–Te quiero, Elise. Quiero que te cases conmigo.

Elise sonrió y la miró con todo su amor y su devoción.

–Pero si ya me he casado contigo.

–No lo he olvidado. Pero quiero que te cases conmigo de verdad, tal y como los dos deseamos que sea. Entonces, ¿aceptas?

Ella se ruborizó.

–Si estoy embarazada.

–También lo estabas la otra vez.

–Pero no se me notaba.

Cole se encogió de hombros.

–De acuerdo. Entonces nos casaremos para renovar nuestros votos en nuestro primer aniversario. Y, después, nos iremos de luna de miel.

Se abrazó a él con fuerza y le besó la mejilla.

–¿A Disney World?

–No. A algún sitio en donde podamos estar solos.

Se besaron una vez más.

–¿Y tenemos que esperar tanto?

–No. Vámonos a casa.

–¿Y Haley?

–Está con Mary Ann. Vamos a dedicarnos un poco más de tiempo –se dirigieron al coche–. Adelante, mi princesa, el carruaje aguarda.

Epílogo

MAMÁ, un cuento.

–¿Cuál?

–Uno de todos felices.

Elise se rio.

–Todos tienen final feliz.

–Yo agarraré uno –dijo Haley–. Te lo puedo leer yo, Mallory.

–¿Sí? –preguntó la pequeña de tres años.

–Claro. Soy la que mejor lee de mi clase.

Elise sonrió a sus dos hijas y besó a ambas.

–Si tú le lees un cuento, yo puedo estar con papá un rato, Haley.

Dejó a las niñas solas y se dirigió al dormitorio. Llevaba todo el día ansiando ese momento.

Cole salió del baño, envuelto en una toalla con el torso descubierto.

Ella lo agarró por detrás y lo abrazó.

–¡Este es el mejor modo de acabar el día! –se volvió y la besó–. ¿Quieres que vayamos pronto a la cama?

Ella sonrió.

–Antes necesito decirte algo.

–¿Lo del bebé?

Elise se quedó muy sorprendida.

–¿Lo sabes?

Cole se rio.

–Entonces es verdad.

Elise asintió y se le llenaron los ojos de lágrimas.

–¿Cómo lo sabías?

–Porque estabas resplandeciente.

Le dio un empujón cariñoso.

–No, porque estaba agotada.

Él asintió.

–¿Te creerías si te dijera que un hombre puede intuir esas cosas?

Ella sonrió.

–No.

Cole la besó tiernamente.

–Te quiero, Elise.

–Yo también –frunció el ceño–. Pero, ¿cómo lo sabías? Quería que fuera una sorpresa.

–Créeme, ha sido una sorpresa y no he estado más feliz jamás. Eso era exactamente lo que quería, una casa llena de niños y tú.

Elise se puso a llorar de alegría.

–¡No me digas que te vas a poner a llorar!

–Me temo que sí –le agarró de la mano–. Vamos a decírselo a las niñas.

Cole asintió.

–Pero déjame que me vista primero.

–Dime que la noticia no se ha extendido ya por toda la ciudad –dijo ella.

–Todavía no.

–Pues vamos a decírselo a las niñas.

Se dirigieron a la habitación de Mallory y se quedaron observándolas desde la puerta.

Cole acarició a su mujer mientras miraban a sus hijas.

Haley pasó la página.

–Entonces, el novio besó a la novia.

–¿Es otro de sus cuentos? –preguntó Cole.

Elise le dijo que no.

–Son las fotos de nuestra boda.

–¿Y qué pasó después? –preguntó la pequeña Mallory.

–Primero tuvieron un bebé y luego mamá se quedó embarazada otra vez.

Elise miró a Cole.

–¡Lo sabe!

Él asintió.

–Y después –continuó Haley con esa suprema autoridad que solo una niña de ocho años sabe tener–. Vivieron felices para siempre.